

El Libro de los

Hechos

Un Estudio Analítico



Jesús Briseño Sánchez

El Libro de los Hechos

Un Estudio Analítico

“Como soldados de Cristo, sin armas carnales, ni riquezas, ni poder político, ni amigos de eminencia ni, la mayoría de ellos, educación formal, llevaron la armadura de Dios, y eran invencibles”

(Wayne Partain).

Jesús Briseño Sánchez

Tonalá, Jalisco, México - Noviembre de 2025

[Visite en internet: Publicaciones Jesús Briseño](#)

INTRODUCCIÓN

Un puente tiene diversas funciones. Es una estructura que nos permite cruzar un obstáculo en nuestro camino. Nos ayuda a trasladarnos de un lugar a otro. En algunos casos, ni siquiera nos percatamos de que hemos cruzado por un puente.

El libro de los Hechos es el maravilloso puente entre la vida y ministerio de Jesús, y la existencia de las iglesias de Cristo. Sin él habría muchas preguntas sin responder, y Dios deseó que tuviéramos toda la información esencial para nuestra vida en Cristo, para la certeza de nuestra fe y para la comunicación del mensaje de la salvación.

La trascendencia del libro.

Toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para sus buenos propósitos (2Tim. 3.16-17). En el caso de Hechos, no es posible minimizar su importancia y trascendencia. Es el libro que:

- Nos narra la inauguración y comienzo del reino de Cristo en la tierra.
- Nos declara y aclara sobre la personalidad, deidad y obra del Espíritu Santo.
- Registra el cumplimiento de las más grandes promesas de Dios al hombre.
- Nos muestra los diversos ejemplos de conversión mediante el evangelio.
- Nos entrega el modelo a seguir por las iglesias en cuanto a organización y obra.
- Complementa datos e información contenidos en las cartas apostólicas.
- Su contenido es único y excepcional en cuanto a historia, cultura, geografía, etc.

Nuestro gran Dios no solo emite promesas extraordinarias, sino que nos entrega por escrito la confirmación infalible de su cumplimiento. Por si estas razones fueran pocas, en el libro de los Hechos se encuentra el inicio y la naturaleza de la gloriosa familia de Dios a la cual pertenecemos, el cuerpo de Cristo (Ef. 2.19; 1Cor. 12.27).

Por decirlo de alguna manera, en el libro de los Hechos estamos nosotros. Al estudiarlo, no podemos dejar de sentirnos involucrados muy personalmente. Como si estuviéramos contemplando las imágenes e historia de nuestra propia familia. Ya sea que nos sintamos expectantes por los desafíos, tristes por las derrotas o felices ante cada triunfo de la iglesia primitiva en su desarrollo, el libro de los Hechos nos habla, nos toca y nos conmueve profundamente a todos y a cada uno de nosotros.

El autor humano.

Lo más probable es que el libro de los Hechos haya sido escrito por Lucas, el autor del tercer evangelio.

Se han dado varias razones para afirmar esto:

- La obra va dirigida a Teófilo, igual que el evangelio de Lucas (Luc. 1.1-4).
- El estilo literario es el mismo. Ambos libros comparten alrededor de 50 palabras o términos, mismos que no se encuentran en ningún otro libro.
- Lucas era compañero de Pablo y quizás su más fiel y cercano colaborador.
- La evidencia externa consiste en el testimonio de Ireneo de Esmirna, obispo de Lyons en el siglo segundo, y el Canon Muratorio, una lista de los libros canónicos del mismo siglo. Ambos atribuyen a Lucas la autoría de Hechos.
- No existe la más mínima evidencia de un autor diferente.

¿Quién era Lucas? Solo tres veces aparece en la Biblia el nombre de Lucas, y las tres ocasiones por el mismo escritor: Pablo. En Filemón 1.24 le llama “*mi colaborador*”; en Colosenses 4.14 se refiere a él como “*el médico amado*”; y en 2Timoteo 4.11 da testimonio a su lealtad diciendo: “*Sólo Lucas está conmigo*”.

Su nombre en el texto griego es **Loukás**, de origen grecolatino y relacionado con luz (**luce** en latín); el Diccionario de Nombres Bíblicos Hitchcock dice que significa *Luminoso*. Era un discípulo gentil, de oficio médico y muy preparado, originario de lo que hoy es Turquía. Para escribir su evangelio, Lucas investigó entre los apóstoles (Luc. 1.1-3), pero el libro de los Hechos lo escribe siendo testigo y participante de muchos de los acontecimientos del libro.

Fecha y lugares de su escritura.

Los críticos racionalistas, que desean despojar a las Escrituras de todo hecho milagroso, suponen, sin más base que su perversidad, que el tercer evangelio fue escrito después de la destrucción de Jerusalén del año 70. Esto, solo para que la predicción de Jesús sobre este suceso histórico (Luc. 21.20-24), sea posterior al evento mismo. Siendo así, al libro de los Hechos lo sitúan mucho tiempo después.

Sin embargo, esto choca contra toda lógica y razón, además de ser inconsecuente con el rigor histórico y erudito del escritor de las dos obras. No es posible que un autor como Lucas, en caso de que haya escrito muchos años después, omita a sus lectores la liberación o muerte del apóstol Pablo así como la destrucción del templo, de la ciudad de Jerusalén y de la nación judía entera.

Ahora, Lucas solamente está registrando las palabras de Cristo, quien las expresó obviamente antes del suceso, profecía común además en los evangelios sinópticos (Mat. 23.35-36; Mar. 13.1-2) (Sinópticos, de **syn** -junto- y **opsis** -ver-, igual a “ver en conjunto”). La verdad es que Lucas terminó el libro de los Hechos aproximadamente en el año 63, antes de la presentación y apelación de Pablo ante César.

Por lo tanto, el libro de los Hechos abarca un periodo histórico de 30 años, desde la ascensión de Cristo cerca de Jerusalén hasta la prisión de Pablo en Roma. En cuanto a lugares, hay más de cien regiones, ciudades o localidades mencionadas.

Canonicidad e inspiración.

No solo los apóstoles escribirían el Nuevo Testamento. Hermanos cercanos al círculo de los apóstoles, como Marcos y Lucas, pudieron recibir, por imposición de manos de algún apóstol, el don de profecía (revelación de la voluntad divina).

Dice Pablo: *“Porque a éste es dada por el Espíritu palabra de sabiduría; a otro, palabra de ciencia según el mismo Espíritu; a otro, fe por el mismo Espíritu; y a otro, dones de sanidades por el mismo Espíritu. A otro, el hacer milagros; a otro, profecía; a otro, discernimiento de espíritus; a otro, diversos géneros de lenguas; y a otro, interpretación de lenguas. Pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como él quiere”* (1Cor. 12.8-11). *“De manera que, teniendo diferentes dones, según la gracia que nos es dada, si el de profecía, úsese conforme a la medida de la fe”* (Rom. 12.6).

Además, la iglesia primitiva tenía forma de saber si un escrito o mensaje era de origen divino (1Jn. 2.20; 4.1; 1Cor. 12.10 *“discernimiento de espíritus”*).

El propósito.

El propósito específico del autor al escribir tanto el tercer evangelio como el libro de los Hechos, lo expresa literalmente en su primera obra: *“para que conozcas bien la verdad de las cosas en las cuales has sido instruido”* (Luc. 1.4). La Palabra de Dios para Todos traduce: *“para que tengas la certeza de que lo que te han enseñado es verdad”*.

En el segundo tratado, comienza diciendo: *“En el primer tratado, oh Teófilo, hablé acerca de todas las cosas que Jesús comenzó a hacer y a enseñar”* (Hech. 1.1).

El nombre de Teófilo (gr. **Theophilos**) significa *“amigo de Dios”*. Nada cierto se sabe de su persona. Tal vez fue un funcionario romano de origen griego. Su interés en el mensaje salvador de Cristo, motiva a Lucas a escribir detallada y cuidadosamente acerca de la vida de Jesús y del establecimiento de la iglesia de Cristo.

El propósito de la escritura de ambos libros también nos alcanza y atañe a nosotros. Dios quiso que, en el estudio del evangelio de Lucas y del libro de los Hechos, pudiéramos *conocer bien la verdad de las cosas en las cuales hemos sido instruidos*.

CAPÍTULO 1

(1) En el primer tratado, oh Teófilo, hablé acerca de todas las cosas que Jesús comenzó a hacer y a enseñar,

Lucas se refiere al evangelio que lleva su nombre (cb. Luc. 1.1-4). En cuanto a Teófilo, ver Introducción. Esta introducción es más breve y omite en su salutación el término *excelentísimo*, quizá por haber más confianza. Este término no tiene sentido religioso, Pablo lo usa asimismo con otro hombre de eminencia (Hech. 26.25).

Para que Teófilo *conociera bien la verdad de las cosas en las cuales había sido instruido* (Luc. 1.4), Lucas escribe dos obras fundamentales. En la primera, *acerca de todas las cosas que Jesús comenzó a hacer y a enseñar*, y en esta segunda, *acerca del establecimiento de la iglesia de Cristo con el poder del Espíritu Santo*. Estos son los dos grandes temas que debemos de compartir aun hoy en día. Dice Lucas 4.43: *“Pero él les dijo: Es necesario que también a otras ciudades anuncie el evangelio del reino de Dios; porque para esto he sido enviado”*, la predicación de Cristo incluía *el reino de Dios*, la iglesia. Felipe el evangelista *“anunciaba el evangelio del reino de Dios y el nombre de Jesucristo”* (Hech. 8.12). La predicación del evangelio se centra en la persona de Jesús, pero no excluye a la iglesia, *la cual es su cuerpo* (Ef. 1.23; 5.23).

Todo seguidor de Jesucristo debe de esforzarse por seguir su ejemplo en *hacer y enseñar*, no solo en enseñar. No hacían así los escribas y fariseos: *“Porque atan cargas pesadas y difíciles de llevar, y las ponen sobre los hombros de los hombres; pero ellos ni con un dedo quieren moverlas”* (Mat. 23.4).

(2) hasta el día en que fue recibido arriba, después de haber dado mandamientos por el Espíritu Santo a los apóstoles que había escogido;

Mateo y Juan no se refieren a la ascensión de Cristo. Solo Lucas en su evangelio (24.51) y aquí habla de ella. Marcos la menciona brevemente: *“Y el Señor, después que les habló, fue recibido arriba en el cielo, y se sentó a la diestra de Dios”* (Mar. 16.19). Marcos dice: *“fue recibido arriba en el cielo”*, Lucas dice: *“fue llevado arriba al cielo”*, y aquí en Hechos: *“fue recibido arriba”*, y en el verso 9: *“fue alzado, y le recibió una nube”*. Todas las expresiones concuerdan en el mismo hecho. La palabra *ascensión* no aparece en la Biblia, pero se deriva del latín y significa: *“Acción y efecto de ascender”* (Diccionario de la Real Academia Española).

En varios pasajes de diversos autores, la ascensión de Cristo es mencionada como un hecho aceptado. Pablo dice: *“El que descendió, es el mismo que también subió por encima de todos los cielos para llenarlo todo”* (Ef. 4.10; ver Ef. 1.20-21 y 1Tim. 3.16). El apóstol Pedro escribe: *“quien habiendo subido al cielo está a la diestra de Dios; y a él están sujetos ángeles, autoridades y potestades”* (1Ped. 3.22; ver Heb. 10.12).

La Iglesia Católica enseña acerca de la *‘asunción de María’*, que fue llevada al cielo en cuerpo y alma. Pero en la Palabra de Dios no existe la más mínima evidencia de eso. Los *mandamientos* dados por Jesús a sus apóstoles después de su resurrección son, principalmente, la llamada Gran Comisión. Aparece, con diferentes palabras (y esto porque se los ha de haber reiterado en varias ocasiones), en Mat. 28.18-20, Mar. 16.15-16, Luc. 24.7 y Jn. 20.21-23.

Los apóstoles fueron elegidos por Jesús para continuar su obra divina en la tierra. La palabra apóstol es una transliteración de la griega **apóstolos**, que se deriva del verbo **apostello** que significa “*enviar, despachar*”. Después de orar a Dios durante toda la noche, Jesús escogió a sus 12 apóstoles y les puso ese término: “*Y cuando era de día, llamó a sus discípulos, y escogió a doce de ellos, a los cuales también llamó apóstoles*” (Luc. 6.13). La palabra apóstol a veces es usada en el Nuevo Testamento para personajes no del número de los doce (Hech. 14.14), obviamente, en el sentido ordinario de la palabra para decir ‘enviado’.

Algunos dicen que la iglesia de Cristo no es la iglesia verdadera porque no tiene apóstoles. Pero el oficio de apóstol según las Escrituras, tiene requisitos que nadie puede cumplir hoy en día. Además de ser personalmente elegidos por Jesús, los apóstoles “*recibirían poder del Espíritu Santo*” y serían “*testigos de Cristo*” (Hech. 1.8). Recibirían la guía del Espíritu Santo “*a toda la verdad*” (Jn. 16.13); terminado el Nuevo Testamento, nada faltó por revelar. Ellos gobiernan a la iglesia mediante sus escritos (Mat. 19.28); cuando Pablo dice: “*embajadores de Cristo*” (2Cor. 5.20) se refiere a los apóstoles. Ellos podían demostrar su apostolado con señales (2Cor. 12.12), y las congregaciones podían desenmascarar a quienes “*dicen ser apóstoles y no lo son*” (Apoc. 2.2). ¡No se trata solo de decirse apóstol!

(3) a quienes también, después de haber padecido, se presentó vivo con muchas pruebas indubitables, apareciéndoseles durante cuarenta días y hablándoles acerca del reino de Dios.

Los apóstoles habrían de llevar el mensaje del evangelio de Cristo al mundo: “*Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras*” (1Cor. 15.3-4). Para esto, era necesario que fueran testigos de estos hechos. Ellos acompañaron a Jesús *desde el principio*, recibieron su palabra, su ejemplo y enseñanzas, fueron testigos presenciales de sus padecimientos y de su resurrección de entre los muertos.

La frase “*pruebas indubitables*” es traducción de un solo vocablo griego, **tekmerion**, que significa “*una señal segura, una prueba positiva*” (Diccionario Vine). Otras versiones dicen: “*pruebas convincentes*” (LBLA, NVI, VM y NTV). La Palabra de Dios para Todos traduce: “*pruebas muy ciertas*”.

Después de su resurrección está con ellos *durante cuarenta días*, y les continúa hablando e instruyendo *acerca del reino de Dios*, de la iglesia que ellos iban a establecer bajo la dirección del Espíritu Santo. Dice el apóstol Pablo: *“según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad”* (Ef. 1.4-5). La iglesia de Cristo no solo tiene un origen divino, sino que cuenta con un detallado diseño divino en todas y cada una de sus particularidades. Si algo se dice en el Nuevo Testamento acerca de ella, de su naturaleza, de su gobierno, o de su obra, es porque nuestro Dios así lo pensó y así quiso revelarlo. Es delicado cuando alguien se atreve a intentar modificarle la que cree la más pequeña de sus características bíblicas.

(4) Y estando juntos, les mandó que no se fueran de Jerusalén, sino que esperasen la promesa del Padre, la cual, les dijo, oísteis de mí.

En su primer tratado, Lucas había registrado las palabras de Jesús: *“He aquí, yo enviaré la promesa de mi Padre sobre vosotros; pero quedaos vosotros en la ciudad de Jerusalén, hasta que seáis investidos de poder desde lo alto”* (Luc. 24.49). Además de todas las *‘pruebas indubitables’* del Señor, y de hacerlos testigos de los más grandes acontecimientos, ellos necesitarían ser *“investidos de poder desde lo alto”* para quedar plenamente capacitados para toda su obra. Para ello, era indispensable que permanecieran juntos y en la ciudad de Jerusalén.

El profeta Isaías había profetizado: *“Y vendrán muchos pueblos, y dirán: Venid, y subamos al monte de Jehová, a la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará sus caminos, y caminaremos por sus sendas. Porque de Sion saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra de Jehová”* (Is. 2.3). El plan divino de salvación se predicaría en todo el mundo, pero primero en Jerusalén: *“y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén”* (Luc. 24.47). La tumultuaria convocación en esta ciudad para la fiesta de Pentecostés, sería el evento y el marco ideal para la promulgación del evangelio de Cristo y para su inmediata expansión a todas las naciones (Hech. 2.5, 9-11).

El apóstol Juan registró otras hermosas palabras de Jesús acerca de esta promesa: *“Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho”* (Jn. 14.26), *“Pero cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, él dará testimonio acerca de mí”* (Jn. 15.26) y *“Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir”* (Jn. 16.13).

(5) Porque Juan ciertamente bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días.

Juan el bautista (léase *el bautizador*) fue el profeta enviado por Dios para *preparar el camino del Señor* (Mal. 3.1). Él anunció en la persona de Cristo el cumplimiento de la promesa de Jehová: *“respondió Juan, diciendo a todos: Yo a la verdad os bautizo en agua; pero viene uno más poderoso que yo, de quien no soy digno de desatar la correa de su calzado; él os bautizará en Espíritu Santo y fuego”* (Luc. 3.15-16).

La promesa del Padre referida por Jesús, es el bautismo con el Espíritu Santo. Mateo (3.11) y Lucas (3.16) dicen *“en Espíritu Santo”*; Marcos (1.8) y Juan (1.33) dicen *“con Espíritu Santo”*, es lo mismo. Con ese bautismo serían *“investidos de poder desde lo alto”* (Luc. 24.49 y Hech. 1.8). Hechos 14.3 es una muestra del ejercicio práctico de este poder: *“Por tanto, se detuvieron allí mucho tiempo, hablando con denuedo, confiados en el Señor, el cual daba testimonio a la palabra de su gracia, concediendo que se hiciesen por las manos de ellos señales y prodigios”*.

Si atendemos al contexto, esta promesa de Jesús fue dada a los apóstoles. El pronombre *“vosotros”* en este versículo se refiere a ellos. En 1.2 dice: *“a los apóstoles que había escogido”* y en 1.4 habla de ellos diciendo: *“estando juntos”*.

En diez días más se verificaría la promesa de Dios esperada por ocho siglos, desde la profecía de Joel (2.28-32). El profeta Joel habló del evento y de los resultados siguientes (sobre judíos y gentiles, hombres y mujeres, ancianos y jóvenes, etc.). Por su parte, Cristo Jesús habló de la misma promesa, pero enfocándose en su parte inicial (sobre los apóstoles). Ni Joel, ni Juan el bautista, ni Lucas, ni Jesús, enseñaron que el bautismo con el Espíritu Santo sería un mandamiento; fue una *promesa* de Dios (Luc. 24.49; Hech. 1.4; 2.33).

(6) Entonces los que se habían reunido le preguntaron, diciendo: Señor, ¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo?

Hay dos posibilidades respecto a esta pregunta:

- Los apóstoles no habían entendido aun la naturaleza espiritual del reino de Dios.
- Sí la entendían, pero por curiosidad hacen esta pregunta acerca de la suerte de la nación israelita.

En cualquiera de los dos casos la pregunta es, por lo menos, desafortunada. Recuérdese que constantemente los discípulos disputaban entre ellos por ver quién sería el mayor (Luc. 22.24). El mismo Pedro llegó a cuestionar a Jesús: *“He aquí, nosotros lo hemos dejado todo, y te hemos seguido; ¿qué, pues, tendremos?”* (Mat. 19.27). El concepto del reino del Mesías, no solo de los judíos en general sino aun de los mismos apóstoles, era terrenal, de honores y privilegios.

Pero después de tanta y paciente enseñanza de parte de Jesús, es difícil de creer que los apóstoles no entendieran todavía que Cristo no venía a echar a las tropas romanas ni a restaurar el reinado independiente de Israel.

Si este fuera el caso, Jesús lo sabría y su reprensión hubiera sido más severa. Pero si, entendiendo la naturaleza del reino de Cristo, ellos preguntan por curiosidad acerca del estado socio-político de Israel, no deja de ser un interés superfluo y hasta absurdo de los apóstoles, sobre todo en ese momento tan crucial.

¿Cuántos cristianos padecen este mismo síndrome? ¿Cuántos han entrado al reino de Cristo para satisfacer sus propios intereses? ¿Cuántos buscan la exaltación en lugar de la humildad? ¿Cuántos se desaniman de la obra espiritual cuando no ven solución a sus enfermedades o problemas personales? ¿Cuántos han hecho de su vientre su propio dios? ¿Cuántos no están distraídos y pasan la vida pendientes de asuntos de este mundo? La política, los deportes, los negocios, el arte, la familia. En lugar de estar entregando la vida entera por el avance del reino de Cristo que es la iglesia. Lo menos que podemos hacer sería juzgar severamente a los apóstoles, sin vernos reflejados fielmente en ellos.

(7) Y les dijo: No os toca a vosotros saber los tiempos o las sazones, que el Padre puso en su sola potestad;

La respuesta de Jesús, aunque firme, es amable. La Palabra de Dios para Todos traduce: *“El Padre es el único que tiene la autoridad de decidir las horas o las fechas. A ustedes no les corresponde saberlo”*. El futuro inmediato de la nación judía, no era de la incumbencia de los apóstoles. Ellos tendrían una gran obra espiritual que llevar a cabo, les iba a requerir todo su tiempo, atención y recursos a fin de realizarla correctamente; por lo tanto, no debían de inmiscuirse o distraerse en asuntos socio-políticos que ya no tenían importancia. Para cumplir con su comisión divina, los apóstoles iban a recibir el poder del Espíritu Santo, que los llevaría a hacer milagros con sus manos y a conocer *toda la verdad*. Pero eso no implicaba que tuvieran que conocer todo lo que sucedería con reinos e imperios.

El hombre generalmente es curioso e indaga con afán en aquellas cosas que no han sido reveladas, mientras ignora voluntariamente las cosas que sí han sido reveladas por Dios. Deut. 29.29: *“las cosas secretas pertenecen a Dios”*. Mientras el ateo busca respuestas en las luces del universo, los sectarios inventan fechas acerca de la segunda venida de Cristo.

Nosotros también podemos ser asaltados por diversas dudas terrenales, pero bástenos con lo que Dios nos ha dado: *“Como todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder, mediante el conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia”* (2Ped. 1.3).

Estamos *completos* en Cristo (Col. 2.10), sabemos el *camino al Padre* (Jn. 14.6) y cómo ser salvos (2Tim. 3.15; Stg. 1.21), no necesitamos nada más.

Por cierto, lo que sucedería con el templo, la ciudad y la nación judía, ya lo había claramente dicho en su visita a Jerusalén. Tan solo 37 años después de esta pregunta de los apóstoles, el templo, la ciudad y la nación judía entera serían totalmente destruidos por las tropas romanas del emperador Tito Flavio Vespasiano. Ver Mat. 24.1-2, Mar. 13.1-2 y 14-19, Luc. 13.34-35; 19.41-44; 21.20-24; 23.28-31.

(8) pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra.

No sabrán todas las cosas, ni recibirán el honor y el poder mundanos que quizás desean, pero recibirán un grandioso poder de origen celestial, al ser bautizados con el Espíritu Santo.

“Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho” (Jn. 14.26). Ellos no necesitarían basarse en su propia memoria para recordar, dar testimonio y redactar las acciones y las palabras de Jesús.

“Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir” (Jn. 16.13). Toda la verdad necesaria para el fundamento del reino de Dios y para su dirección. Por eso, Pablo podía *“anunciar todo el consejo de Dios”* (Hech. 20.27). Los apóstoles tendrían el conocimiento pleno: recordarían el pasado con Jesús, sabrían lo necesario en el presente y sabrían *“las cosas que habrán de venir”*.

“Y estas señales seguirán a los que creen: En mi nombre echarán fuera demonios; hablarán nuevas lenguas; tomarán en las manos serpientes, y si bebieren cosa mortífera, no les hará daño; sobre los enfermos pondrán sus manos, y sanarán. Y el Señor, después que les habló, fue recibido arriba en el cielo, y se sentó a la diestra de Dios. Y ellos, saliendo, predicaron en todas partes, ayudándoles el Señor y confirmando la palabra con las señales que la seguían. Amén” (Mar. 16.17-20). La palabra predicada por ellos sería confirmada con diversas señales y milagros.

“Cuando vio Simón que por la imposición de las manos de los apóstoles se daba el Espíritu Santo, les ofreció dinero” (Hech. 8.18). Por imposición de las manos de los apóstoles, otros podían recibir al Espíritu Santo, es decir, algún don que el Espíritu Santo decidiera concederles (1Cor. 12.7-11).

Con ese poder, los apóstoles llevarían el mensaje del evangelio de Cristo al mundo, primero en la ciudad de Jerusalén, después en toda la provincia de Judea,

posteriormente en Samaria y finalmente hasta lo último de la tierra. Ese sería el programa de evangelización bajo la dirección del Espíritu Santo.

Historia y geografía. En los tiempos de Cristo, la tierra palestina estaba dividida en tres provincias romanas: Galilea al norte, Samaria al centro y Judea al sur. Judea, al oeste del Mar Muerto (o Mar Salado), incluía aproximadamente el territorio de las tribus de Judá y de Benjamín. Después de la caída de las diez tribus del norte, estas dos constituyeron *el reino de Judá* con su capital Jerusalén. Desde un siglo antes de Cristo, muchos judíos fueron a vivir a Galilea. A los galileos se les consideraba judíos, no así a los samaritanos, a quienes se les tenía un odio especial (Jn. 4.9).

(9) Y habiendo dicho estas cosas, viéndolo ellos, fue alzado, y le recibió una nube que le ocultó de sus ojos.

Dice el texto “*viéndolo ellos*”. Ellos no vieron el proceso de la resurrección de Cristo, pero, estando con él por cuarenta días, eran testigos de su resurrección y ahora de su ascensión. Por eso podía decir apropiadamente el apóstol Juan: “*Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palpamos nuestras manos tocante al Verbo de vida (porque la vida fue manifestada, y la hemos visto, y testificamos, y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos manifestó); lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo*” (1Jn. 1.1-3).

Este versículo es complementario con Lucas 24.50-51: “*Y los sacó fuera hasta Betania, y alzando sus manos, los bendijo. Y aconteció que bendiciéndolos, se separó de ellos, y fue llevado arriba al cielo*”. La Palabra de Dios para Todos en este texto de Lucas dice: “*Mientras los estaba bendiciendo, fue separado de ellos y llevado al cielo*”. Bendecir a sus amados discípulos fue la última acción de Jesús en la tierra, como muestra del amor con que los amaría *hasta el fin* (Jn. 13.1).

Jesús iba al Padre como había venido a este mundo, de una forma milagrosa. El apóstol Pablo, refiriéndose a la fuerza de Dios, habla de lo sublime y glorioso de este evento: “*la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero; y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo*” (Ef. 1.20-23; ver también Ef. 4.10 y 1Tim. 3.16).

Este acto de Cristo Jesús cumple la profecía de Dan. 7.13-14: “*Miraba yo en la visión de la noche, y he aquí con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre, que vino hasta el Anciano de días, y le hicieron acercarse delante de él. Y le fue dado*

dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran; su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino uno que no será destruido". El esplendor de la glorificación de Jesucristo alcanza a su reino eterno.

(10) Y estando ellos con los ojos puestos en el cielo, entre tanto que él se iba, he aquí se pusieron junto a ellos dos varones con vestiduras blancas,

¿De qué tipo sería la mirada de los apóstoles, o de cada uno de ellos? ¿sería de asombro, de curiosidad, de expectación, de tristeza o de gozo?

Dice el apóstol Pedro: *"Porque no os hemos dado a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas artificiosas, sino como habiendo visto con nuestros propios ojos su majestad"* (2Ped. 1.16). Por el contexto de los versos siguientes en su carta (17-18), Pedro hace referencia a la transfiguración de Cristo. Los apóstoles fueron hombres muy favorecidos por Dios, tuvieron el privilegio de contemplar los más grandes hechos que tienen que ver con las personas de la Deidad, con su gloriosa iglesia y con la salvación humana. Y no solo contemplar, sino aun ser parte activa en la obra terrenal que esos hechos ameritaban.

Por eso los apóstoles, que desde la crucifixión de Cristo estaban temerosos y escondidos, después de contemplar la ascensión de Cristo y de ser bautizados con el Espíritu Santo, pudieron proclamar con valentía ante el mismo Sumo Sacerdote y el concilio judío: *"Y nosotros somos testigos suyos de estas cosas, y también el Espíritu Santo, el cual ha dado Dios a los que le obedecen"* (Hech. 5.32). Si lo ha notado, Dios pone mucho énfasis en que los apóstoles *vieron* todas estas cosas. Por eso fueron testigos y testificaron como tales. Hoy no hay testigos de esa clase ni necesidad de ellos, a nosotros nos toca solamente *proclamar* la buena nueva en Cristo Jesús.

¿Quiénes eran estos *"dos varones con vestiduras blancas"*? Eran ángeles, pues así se refieren las Escrituras a ellos: *"y vio a dos ángeles con vestiduras blancas, que estaban sentados el uno a la cabecera, y el otro a los pies, donde el cuerpo de Jesús había sido puesto"* (Jn. 20.12). Referencias similares: Mat. 28.3 *"vestido blanco como la nieve"*, Mar. 16.5 *"larga ropa blanca"*, Luc. 24.4 *"vestiduras resplandecientes"*. Si no fueran ángeles, la referencia a sus ropas está de más. Asimismo, dan revelación de Dios en el siguiente verso a los apóstoles.

(11) los cuales también les dijeron: Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo.

Los apóstoles se quedan mirando al cielo, quizás esperando el regreso de Jesús. Pero en la tierra estaba la gran obra de Dios que debían de hacer.

Necesitamos una mirada al cielo para darnos aliento en la tierra; pero no nos quedemos viendo el cielo de forma que olvidemos nuestras responsabilidades en la tierra. ¿Recuerda a los tesalonicenses ociosos? Esperaban tanto a Jesús, que ya no querían trabajar (2Tes. 3.6-12).

Estos ángeles dan a los apóstoles, y con ellos a nosotros, una revelación muy importante: el regreso de Jesucristo a su debido tiempo, es tan seguro como su ascensión al cielo. Además, no hay otro anuncio del Señor acerca de otros eventos que esperar, salvo el inminente derramamiento del Espíritu Santo y la segunda venida de Cristo para el juicio final. No hay anuncio de apariciones milagrosas de ningún personaje bíblico en ninguna parte del mundo (ni se necesitan). Aprendamos atentos a lo que la Biblia dice, pero también a lo que no dice.

Dice el apóstol Juan: *“He aquí que viene con las nubes, y todo ojo le verá, y los que le traspasaron; y todos los linajes de la tierra harán lamentación por él. Sí, amén. Yo soy el Alfa y la Omega, principio y fin, dice el Señor, el que es y que era y que ha de venir, el Todopoderoso”* (Apoc. 1.7-8). La venida de Jesucristo no será en secreto, como afirmaba falsamente el fundador de los testigos de Jehová, Charles Taze Russell, sino que será visible para *“todo ojo”*.

“Porque vosotros sabéis perfectamente que el día del Señor vendrá así como ladrón en la noche” (1Tes. 5.2). Si supiéramos el día y la hora de la venida de Cristo, nos prepararíamos ese día. Estemos, pues, preparados cada día como si fuera el “gran día”. Recordemos *la parábola de las diez vírgenes* (Mat. 25.1-13).

(12) Entonces volvieron a Jerusalén desde el monte que se llama del Olivar, el cual está cerca de Jerusalén, camino de un día de reposo.

Jesucristo murió, fue sepultado y resucitó en la ciudad de Jerusalén. El versículo 4 dice que Jesús *“les mandó que no se fueran de Jerusalén”*. Todo parece indicar que la ascensión de Cristo fue en Jerusalén. Pero ahora Lucas dice que *“volvieron a Jerusalén”*, ¿de dónde? Sucede que la ascensión de Cristo que acaban de contemplar los apóstoles, no aconteció exactamente en la ciudad de Jerusalén. El mismo escritor Lucas nos informa que fue en Betania: *“Y los sacó fuera hasta Betania, y alzando sus manos, los bendijo. Y aconteció que bendiciéndolos, se separó de ellos, y fue llevado arriba al cielo”* (Luc. 24.50-51). Según el apóstol Juan: *“Betania estaba cerca de Jerusalén, como a quince estadios”* (Jn. 11.18), es decir, aproximadamente a tres kilómetros. Betania (*“casa de dátiles”*), descansaba en la ladera oriental del monte de los Olivos. En la ladera occidental se encontraba el huerto de Getsemaní. El monte de los Olivos estaba *“camino de un día de reposo”*, es decir, lo que podía caminar un judío en el séptimo día: un kilómetro (ver Zac. 14.4 y Mar. 13.3). De Betania entraron al monte los apóstoles y de ahí *“volvieron a Jerusalén”*.

(13) Y entrados, subieron al aposento alto, donde moraban Pedro y Jacobo, Juan, Andrés, Felipe, Tomás, Bartolomé, Mateo, Jacobo hijo de Alfeo, Simón el Zelote y Judas hermano de Jacobo.

Por el artículo en el griego, es posible que se trate del mismo aposento alto donde Jesús celebró la pascua y última cena con sus discípulos (Luc. 22.12).

La lista con los nombres de los apóstoles se encuentra en los evangelios sinópticos, (Mat. 10.2-4, Mar. 3.16-19 y Luc. 6.14-16). La única diferencia en las listas es acerca de quien Lucas llama, en su evangelio y aquí, “*Judas hermano de Jacobo*”. Mateo se refiere a él como “*Lebeo, por sobrenombre Tadeo*” y Marcos simplemente por su sobrenombre “*Tadeo*”. Lo importante es que se trata de la misma persona.

Todos los once apóstoles restantes eran de Galilea (1.11). Sobre sus ocupaciones, Pedro y su hermano Andrés, así como Jacobo y Juan, eran pescadores (Mat. 4.18-22). Mateo era recaudador de impuestos (Luc. 5.27). Simón era *zelote* (así le llama Lucas en su evangelio y aquí), Mateo y Marcos le llaman “*cananista*”. Los zelotes eran una secta político-religiosa que se oponía violentamente al dominio de Roma.

Algo del carácter de algunos apóstoles quedó registrado en la Biblia. Pedro se caracterizaba por ser muy impulsivo (Jn. 18.10), y es recordado como quien negó a Cristo tres veces. Con todo, le fueron dadas “*las llaves del reino*” (Mat. 16.19) y escribió dos cartas del Nuevo Testamento. Juan era el discípulo a quien Jesús amaba de forma especial (Jn. 19.26). Junto a su hermano Jacobo se ganó el sobrenombre de “*hijos del trueno*” (Mar. 3.17), tal vez por querer consumir a los samaritanos que no quisieron recibir a Cristo (Luc. 9.54). Escribió cinco libros del Nuevo Testamento y, en sus amorosas cartas, se detecta su cambio y desarrollo espiritual. Tomás es quien no creyó en el testimonio de sus compañeros acerca de la resurrección de Cristo (Jn. 20-25).

En los comentarios a 1.2 notamos algunos de los requisitos para ser apóstol de Cristo. Aunque algunos sobresalían por su obra, carácter o liderazgo, como Pedro y Jacobo, no existía entre los doce alguna jerarquía oficial. Antes, Jesús les había enseñado expresamente: “*Entonces Jesús, llamándolos, dijo: Sabéis que los gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que son grandes ejercen sobre ellas potestad. Mas entre vosotros no será así, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo; como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos*” (Mat. 20.25-28). A nosotros también nos conviene recordarlo siempre.

(14) Todos éstos perseveraban unánimes en oración y ruego, con las mujeres, y con María la madre de Jesús, y con sus hermanos.

La unidad es una de las prioridades del Señor así como de sus seguidores (Jn. 17.21). La unidad se procura y practica, no solo se menciona como un ideal (Flp. 1.27; 2.2). Una vez fortalecidos por la presencia y las enseñanzas de Jesucristo, y habiendo atestiguado su resurrección y ascensión, ahora perseveran en oraciones y ruegos (Luc. 24.53). Durante su ministerio, el Señor les había instruido a pedir para que el reino viniera (Mat. 6.10), y esto era inminente. Ahora, ruegan por la fuerza y la sabiduría necesarias para llevar a cabo eficazmente la gran comisión de Dios.

Muchas mujeres acompañaron y sirvieron a Jesús y el escritor Lucas hace especial mención de ello (Luc. 8.2-3; 23.27, 49, 55).

El catolicismo romano pone mucho énfasis en que cuando se alude a varios apóstoles es mencionado primero Pedro. Dicen que es prueba de la supremacía de Pedro sobre los demás apóstoles. Pero si esto es así, ¿qué cosa enseña el hecho de que María sea mencionada después de los apóstoles, e incluso después de las otras mujeres? Si María es la madre de Dios y es corredentora y mediadora entre Dios y los hombres, ¿por qué no está ella presidiendo la reunión y dirigiendo las oraciones de todos los presentes? Llama la atención igualmente, que esta sea la última vez que María la madre de Jesús es mencionada en la Biblia. La persona y el mensaje de Jesucristo, la dirección del Espíritu Santo, y aun la obra de los apóstoles, llenan cada página del Nuevo Testamento, pero ni una sola referencia más a María. Que instructivo, ¿no lo cree? Notamos dos cosas al respecto:

- La Palabra de Dios no le da a María la exagerada preponderancia que le da la Iglesia Católica.
- María era una mujer humilde que halló gracia ante los ojos de Dios, jamás pretendería ni aceptaría semejante enaltecimiento.

Mire la humildad de María: *“Entonces María dijo: He aquí la sierva del Señor; hágase conmigo conforme a tu palabra. Y el ángel se fue de su presencia”* (Luc. 1.38). *“Entonces María dijo: Engrandece mi alma al Señor; Y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador. Porque ha mirado la bajeza de su sierva; Pues he aquí, desde ahora me dirán bienaventurada todas las generaciones”* (Luc. 1.46-48). Conociendo el carácter de María, y estando con los discípulos de Cristo, se infiere que se había convertido en parte de sus seguidores, así como sus otros hijos.

(15) En aquellos días Pedro se levantó en medio de los hermanos (y los reunidos eran como ciento veinte en número), y dijo:

“Uno de aquellos días”, como dice la Biblia Latinoamericana. Es importante, sobre todo en eventos significativos, estar atentos a la identidad y al número de personas reunidas en cada ocasión. Este día, el número oscilaba entre las 120 personas.

Pedro, fiel a su carácter y costumbre, toma la iniciativa y se dirige a los hermanos. El que Pedro presidiera esta reunión no implica superioridad; en otra oportunidad presidió Jacobo (Hech. 15.13-21).

(16) Varones hermanos, era necesario que se cumpliera la Escritura en que el Espíritu Santo habló antes por boca de David acerca de Judas, que fue guía de los que prendieron a Jesús,

Las profecías de las Santas Escrituras siempre se cumplen. *La palabra profética* de Dios es *segura* (2Ped. 1.19). Más de trescientas profecías cumplidas acerca de Cristo lo prueban más allá de toda duda. Cristo advirtió a los judíos: *“El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán”* (Mar. 13.31). Jesús les había dicho a sus apóstoles: *“porque lo que está escrito de mí, tiene cumplimiento”* (Luc. 22.37).

El apóstol Pedro hace aquí referencia específicamente a lo que el Espíritu Santo inspiró a escribir al rey David acerca de Judas Iscariote, y que exhibe en los próximos versículos. Judas fue elegido por Jesús como su apóstol, y recibió con ello muchas bendiciones. Pudo ser guía de muchos para llevarlos a Cristo, pero prefirió ser guía de los que lo prendieron y lo llevaron a la muerte. Pero la muerte de Cristo trajo la salvación eterna de millones, mientras las acciones de Judas lo llevaron a la destrucción total. Muchos se sorprenden por la traición de Judas, pero no por el cumplimiento de las profecías de Dios. Satanás toma como arma a Judas, pero no sin su permiso (Jn. 13.2, 27). Toda persona es libre de decidir quién mora en su corazón, si Satanás o el Espíritu Santo. Las Escrituras y Jesús habían predicho lo que sucedería, pero las malas decisiones las tomó libre y voluntariamente Judas.

(17) y era contado con nosotros, y tenía parte en este ministerio.

Primera nota profética: el traidor sería uno cercano: *“Aun el hombre de mi paz, en quien yo confiaba, el que de mi pan comía, alzó contra mí el calcañar”* (Sal. 41.9). El calcañar es la parte posterior de la planta del pie, comúnmente llamada talón. La Biblia en Lenguaje Sencillo dice: *“se ha puesto en contra mía”*. Esta profecía se cumple en Judas Iscariote, según Cristo: *“No hablo respecto de todos vosotros: yo sé a quiénes he escogido: mas esto sucede para que se cumpla la Escritura: El que come mi pan, alzó contra mí el calcañar”* (Jn. 13.18).

Hay quienes afirman que Judas no era un verdadero discípulo, pero este texto los contradice. Judas era *“contado entre ellos”* y además *“tenía parte en este ministerio”*. Judas había recibido poder para echar fuera demonios y sanar enfermedades (Mat. 10.1) y además tenía el cargo de tesorero del grupo (Jn. 12.6). Aun los apóstoles podían caer: *“sino que golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado”* (1Cor. 9.27).

(18) Este, pues, con el salario de su iniquidad adquirió un campo, y cayendo de cabeza, se reventó por la mitad, y todas sus entrañas se derramaron.

Se considera generalmente, que los versículos 18 y 19 son un paréntesis añadido por el escritor Lucas para información de Teófilo. Los oyentes de Pedro en esta ocasión no desconocían estos detalles.

Un problema mayor es que, en este verso, parecen existir dos sendas contradicciones bíblicas no desaprovechadas por los enemigos de las Escrituras. En primer lugar, dice Lucas que con las ganancias de su traición Judas “*adquirió un campo*”, pero Mateo dice: “*Los principales sacerdotes, tomando las piezas de plata, dijeron: No es lícito echarlas en el tesoro de las ofrendas, porque es precio de sangre. Y después de consultar, compraron con ellas el campo del alfarero, para sepultura de los extranjeros*” (27.6-7). ¿Quién pues compró el campo?

La mejor explicación, es que Judas, ya sabiendo la cantidad que iba a recibir (Mat. 26.15), tenía apalabrada la compra del terreno. El dinero legalmente era de Judas. Con ese dinero, los sacerdotes cierran la compraventa. Existe un principio legal en latín llamado “*Qui facit per alium, facit per se*” (“*Quien obra por medio de otro, obra por sí mismo*”). Es decir, se dice que alguien hace algo, cuando en realidad lo hace por medio de otra persona. La Biblia contiene varios ejemplos de esto:

- “*tomó Pilato a Jesús, y le azotó*” (Jn. 19.1), aunque en realidad lo hizo por medio de sus soldados.
- “*Jesús hace y bautiza más discípulos que Juan (aunque Jesús no bautizaba, sino sus discípulos)*” (Jn. 4.1-2).

En segundo lugar, Lucas aquí dice que Judas: “*cayendo de cabeza, se reventó por la mitad, y todas sus entrañas se derramaron*”, pero Mateo dice: “*Y arrojando las piezas de plata en el templo, salió, y fue y se ahorcó*” (27.5). ¿Judas se ahorcó o cayó de cabeza y murió por exposición visceral?

Alguien que se suicida colgándose, si lo hace cerca del suelo, muere lentamente por asfixia. Pero si elige un lugar alto, al caer, se produce un estirón que puede romper el cuello y hacer la muerte instantánea. Pudo ser que, desesperado como estaba Judas, escogiera un lugar alto, se amarrara la soga y se tirara de cabeza. Así, moriría instantáneamente y, quizás por el choque con piedras, su cuerpo se partió en dos. Los textos de Mateo y de Hechos son complementarios, no contradictorios.

Dice la Palabra de Dios que “*la paga del pecado es muerte*” (Rom. 6.23). Imagínese ser un falso seguidor de Cristo, traicionar y entregar al mismo Hijo de Dios a la muerte, luego suicidarse terriblemente y después esperar el castigo eterno. Con toda razón dijo Jesús de él: “*Bueno le fuera a ese hombre no haber nacido*” (Mat. 26.24).

(19) Y fue notorio a todos los habitantes de Jerusalén, de tal manera que aquel campo se llama en su propia lengua, Acéldama, que quiere decir, Campo de sangre.

Nota que Pedro no hubiera mencionado así a sus oyentes, aunque Lucas sí lo hubiera informado a Teófilo.

La lengua de los judíos en este tiempo era el arameo; la palabra aramea es **Hakeldama**, cuyo significado da el texto. Así fue llamado ese terreno porque fue comprado con el precio de la sangre del Hijo de Dios, valuada por su pueblo en treinta piezas de plata.

El destino final de ese campo lo explica Mateo (27.6-10), cumpliendo una profecía de Zacarías (11.12-13). La palabra hebrea usada por Zacarías, **yatsar**, ha sido mal traducida en la versión 60 y otras, como *tesoro*. Y la referencia de Mateo a Jeremías, es porque Zacarías fundamenta su profecía en otra anterior de Jeremías.

(20) Porque está escrito en el libro de los Salmos: Sea hecha desierta su habitación, Y no haya quien more en ella; y: Tome otro su oficio.

Segunda y tercera notas proféticas acerca de Judas: lo que sería su destino y el nombramiento de un sucesor.

En tiempos del rey David, uno de sus más íntimos amigos, su consejero Ahitofel, hace conspiración con Absalón traicionando a David (2Sam. 15.12). Curiosamente, este traidor también se suicidaría colgándose, cuando sus planes fracasaron (2Sam. 17.23). El Espíritu Santo inspiró lo que David escribe acerca de Ahitofel en los Salmos: “Sea su palacio asolado; En sus tiendas no haya morador” (Sal. 69.25) y “Sean sus días pocos; Tome otro su oficio” (Sal. 109.8). Y el apóstol Pedro interpreta las profecías aplicándolas al caso de Judas.

(21) Es necesario, pues, que de estos hombres que han estado juntos con nosotros todo el tiempo que el Señor Jesús entraba y salía entre nosotros,

En la Biblia, la frase “*entrar y salir*” significa la vida y las experiencias o actividades comunes de una persona (cp. 1Sam. 18.16; Jer. 37.4; Hech. 9.28). Otras versiones traducen sencillamente como “*vivió*” (LBLA, NVI), “*convivió*” (JER) o “*actuó*” (BLA).

(22) comenzando desde el bautismo de Juan hasta el día en que de entre nosotros fue recibido arriba, uno sea hecho testigo con nosotros, de su resurrección.

Es decir: ‘desde que Jesús fue bautizado por Juan’ hasta su ascensión, pues ese es “*todo el tiempo que el Señor Jesús entraba y salía entre nosotros*”.

Es necesario, no solo que fuera testigo de la resurrección de Cristo, pues los dos mencionados enseguida lo eran, sino que “sea hecho testigo”, es decir, que sea nombrado oficialmente como tal. Los doce apóstoles fueron escogidos por Dios para testificar y predicar inspiradamente al mundo acerca de la resurrección de Cristo, y no para ostentar posiciones de dignidad, poder y privilegios como los falsos apóstoles modernos. Hoy no existen testigos de la resurrección de Cristo que puedan cumplir con estos requisitos ni con esta función, ni son necesarios, pues su obra fue cumplida a cabalidad.

(23) Y señalaron a dos: a José, llamado Barsabás, que tenía por sobrenombre Justo, y a Matías.

Solamente dos hombres calificaron para ocupar el lugar de doceavo apóstol. Ellos no fueron mencionados en los cuatro evangelios.

(24) Y orando, dijeron: Tú, Señor, que conoces los corazones de todos, muestra cuál de estos dos has escogido,

Darle a Dios el señorío en todas las cosas, tanto en los asuntos de la iglesia como en lo individual, comienza por orar a él antes de tomar decisiones importantes. También Jesús pasó toda la noche orando a Dios, antes de elegir a sus doce apóstoles (Luc. 6.12-13). Sin importar los medios empleados, la elección del doceavo apóstol correspondería solamente a Dios. Y es que solamente él puede evaluar el requisito más importante de todos: *“Y Jehová respondió a Samuel: No mires a su parecer, ni a lo grande de su estatura, porque yo lo desecho; porque Jehová no mira lo que mira el hombre; pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón”* (1Sam. 16.7). Los hombres pueden apreciar las acciones y las palabras, pero solo Dios sabe lo que hay en el interior de ellos (Jn. 2.25).

A todo hermano que anhele servir más a Dios, le puede ser muy útil el tierno consejo de David a su propio hijo: *“Y tú, Salomón, hijo mío, reconoce al Dios de tu padre, y sírvele con corazón perfecto y con ánimo voluntario; porque Jehová escudriña los corazones de todos, y entiende todo intento de los pensamientos. Si tú le buscares, lo hallarás; mas si lo dejares, él te desechará para siempre”* (1Crón. 28.9).

(25) para que tome la parte de este ministerio y apostolado, de que cayó Judas por transgresión, para irse a su propio lugar.

Ministerio y apostolado que menospreció, a cambio de un miserable terreno aquí en la tierra que ni siquiera vio, pero ganándose un pésimo lugar en la historia y otro espantoso lugar en el fuego eterno. La mayoría de las versiones bíblicas dicen: *“lugar que le correspondía”*.

La frase “*por transgresión*”, no aparece en el texto griego. Pero por supuesto que su traición fue pecado al más alto nivel (Mat. 26.24; 27.4).

(26) Y les echaron suertes, y la suerte cayó sobre Matías; y fue contado con los once apóstoles.

A algunos les llama la atención este método de elección, pero echar suertes era una práctica común entre los judíos, incluso en asuntos religiosos. Se echaban suertes, por ejemplo, para designar al chivo expiatorio (Lev. 16.8), para repartir la tierra entre las doce tribus (Jos. 18.10) y para organizar el servicio de los levitas (1Crón. 24.5). No se especifica el procedimiento empleado, pero se cree que se usaban piedras, palillos, tablillas o dados. Los judíos rechazaban toda forma de adivinación, pero echaban suertes para que Dios mostrara su voluntad (Prov. 16.33). Una vez siendo bautizados con el Espíritu Santo, serían guiados a toda la verdad (Jn. 16.13), y dirigidos en toda su obra (Hech. 13.2), no habiendo lugar ya para este tipo de procedimientos.

Matías *fue contado con los once*, completando el necesario número de doce, correspondiendo a las doce tribus de Israel (Mat. 19.28; Luc. 22.30). La iglesia de Cristo en sentido universal es el Israel espiritual, el “*Israel de Dios*” (Gál. 6.16). Fue “*necesario*” (v. 21) que esta elección fuera hecha para completar el número doce en el establecimiento de la iglesia, pero ya no se repetiría posteriormente. ¿Quién sustituyó a Jacobo, hermano de Juan, asesinado por Herodes? (Hech. 12.2).

CAPÍTULO 2

(1) Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos unánimes juntos.

Llega el día de la fiesta de Pentecostés. La palabra griega es *pentekostos*, y es un adjetivo (usado como nombre) que indica *quincuagésimo*, por tener lugar cincuenta días después de la Pascua. Solo tres veces se menciona en el Nuevo Testamento, dos en Hechos y una por Pablo (1Cor. 16.8).

En el Antiguo Testamento se le llamaba de tres formas:

- La fiesta de la cosecha (Éxo. 23.16), porque era al final de la cosecha de la cebada y principio de la cosecha del trigo.
- La fiesta de las semanas (Éxo. 34.22), porque se celebraba siete semanas después de la Pascua.
- El día de las primicias (Núm. 28.16), porque se ofrecían los primeros panes del trigo nuevo.

Este día no era laborable (Lev. 23.21) y todo judío piadoso, desde donde viviera, debía de peregrinar y presentarse en el santuario de Jerusalén.

También debía de presentarse en el templo de Jerusalén para la celebración de la Pascua y la fiesta de los Tabernáculos, es decir, tres veces al año (Deut. 16.16).

En el día de Pentecostés, se presentaban a Dios los primeros frutos de diversas cosechas, se traían en canastas, se recitaban textos del Pentateuco que recordaban las provisiones de Dios (como Deut. 26.1-11), se ofrecían dos panes de trigo hechos con levadura (Lev. 23.17), también se hacían sacrificios de animales (Lev. 23.18-19).

El sentido de la fiesta era recordar las grandes bendiciones de Dios sobre su pueblo, y que este se gozara y mostrara su gratitud.

Dice Lev. 23.16: *“Hasta el día siguiente del séptimo día de reposo contaréis cincuenta días; entonces ofreceréis el nuevo grano a Jehová”*. Esta frase parece profética, porque en este día de Pentecostés, que cayó en domingo, hubo *un nuevo grano para Jehová*: una grandiosa cosecha de tres mil almas que obedecieron por primera vez el evangelio de Cristo constituyéndose en la nueva familia de Dios.

Este día se cumplieron muchas promesas de Dios:

- Se cumplió la promesa de Cristo y los apóstoles fueron bautizados con el Espíritu Santo (Hech. 1.5).
- Se cumplió la promesa dada a Pedro, quien usa *las llaves del reino* y predica por primera vez el evangelio de Cristo (Mat. 16.19).
- Se cumplió la promesa de Jesús de establecer su iglesia (Mat. 16.18).
- Se cumplieron las promesas y profecías del Antiguo Testamento acerca del derramamiento del Espíritu Santo (Joel 2.28), el establecimiento del reino del Mesías (Dan. 2.44) y la instauración de un nuevo pacto (Jer. 31.31).

La palabra ‘*unánimes*’ es recurrente en el libro de los Hechos en cuanto a los discípulos: al perseverar en la oración (1.14; 4.24), al adorar a Dios (2.46) y al hacer la obra de Dios (5.12). El vocablo griego es ***omothumadon***, de ***omos*** (mismo) y ***thumos*** (mente). Significa *“con la misma mentalidad”* (Diccionario Swanson). Pablo rogaba por esto: *“Os ruego, pues, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que habléis todos una misma cosa, y que no haya entre vosotros divisiones, sino que estéis perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer”* (1Cor. 1.10).

(2) Y de repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados;

Llegando el día de Pentecostés y estando los apóstoles juntos, *de repente* se manifiesta el poder de Dios. La palabra griega es ***afno***, y otras versiones la traducen como: *“de pronto”* (BLS), *“súbitamente”* (Peshitta). La presencia del Espíritu Santo se manifestó de manera *audible y visible* (verso siguiente). El sonido vino del cielo.

Lo que se escuchó fue un *estruendo*, del griego **ecos**, que significa ruido o sonido. De este vocablo viene la española *eco*. Se traduce como *fama* en Luc. 4.37 acerca de la fama de Jesús. Ese sonido fue “*como de un viento recio*”, es decir, comparable a un fuerte viento. Otras versiones traducen: “*Parecía el estruendo de una tormenta*” (BLS), “*como el de una ráfaga de viento impetuoso*” (LBLA). Ese sonido llenó la casa donde estaban. Así como Dios se había manifestado poderosamente durante la promulgación de la ley de Moisés (Éxo. 19.9-20), así lo hizo igualmente al establecer la ley de Cristo (1Cor. 9.21; Gál. 6.2).

(3) y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos.

Lucas utiliza la figura literaria llamada *símil*, que compara dos cosas mediante la palabra ‘*como*’: así como el estruendo era ‘*como*’ de un viento recio, las lenguas eran ‘*como*’ de fuego. No era un fuego literal pues los hubiera consumido.

Los pentecostales suelen relacionar esta señal con las palabras de Juan el bautista: “*él os bautizará en Espíritu Santo y fuego*”, pero según el contexto (Mat. 3.10-12), claramente se habla de un fuego de castigo. Todo ser humano será bautizado de alguna manera: los apóstoles en el Espíritu Santo, los creyentes arrepentidos en agua (Hech. 2.38) y los incrédulos en fuego eterno (Apo. 21.8; 2Tes. 1.8).

(4) Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen.

Todos fueron llenos del Espíritu Santo pero, ¿quiénes son estos ‘*todos*’? En el comentario a 1.15 dijimos: “*Es importante, sobre todo en eventos significativos, estar atentos a la identidad y al número de personas reunidas en cada ocasión*”. “*En aquellos días*”, entre la ascensión de Cristo y el día de Pentecostés, estaban reunidos ‘*como 120*’ discípulos, Pedro dirige un pequeño discurso y se elige al sucesor de Judas. Pero este es otro día y otro contexto. Es verdad que se puede referir a los 120 o solo a los apóstoles, pero si le preguntamos al contexto nos da la respuesta:

- ¿Quiénes son los últimos mencionados antes del capítulo 2? Los apóstoles (1.26).
- ¿A quiénes les fue dada la promesa de Jesús? A los apóstoles (1.4, 8; Jn. 14.26; 16.13; Luc. 24.49).
- ¿Quiénes hablaron en otros idiomas según 2.7? Los apóstoles (*galileos*).
- ¿Quiénes predicaron al pueblo según 2.14? Los apóstoles (*Pedro y los once*).
- ¿Quiénes hicieron *maravillas y señales* según 2.43? Los apóstoles.
- ¿En la doctrina de quiénes perseveraban los discípulos (2.42)? De los apóstoles.

Concluimos con certeza que *todos* los apóstoles fueron llenos del Espíritu Santo.

Los apóstoles hablan en idiomas que no habían aprendido, lo que sorprende a los oyentes que, aunque judíos, procedían de diferentes partes del mundo.

¿Qué enseña el Nuevo Testamento acerca de este fenómeno?:

- Que no eran sonidos sin sentido, sino verdaderos idiomas que se hablaban en ese tiempo (cb. versículos 6, 8, 11).
- Su propósito era servir de *señal* a los incrédulos (principalmente judíos), no a los creyentes (1Cor. 14.22).
- No solo había el don de lenguas, sino también el de “*interpretación de lenguas*” (1Cor. 12.10).
- La palabra “*desconocida*” en 1Cor.14.14 no existe en el texto griego.
- Si uno hablaba en lenguas, pero no había quien interpretara el mensaje, debía de guardar silencio (1Cor. 14.28).
- Una vez completado el Nuevo Testamento (“*lo perfecto*”), cesaría el don de lenguas, así como la necesidad de profecía o conocimiento especial (1Cor. 13.8-10).

Los apóstoles hablaron en otros idiomas según les era dado por el Espíritu Santo. ¿Cómo evalúa usted a la luz de esta información la práctica de los carismáticos?

(5) Moraban entonces en Jerusalén judíos, varones piadosos, de todas las naciones bajo el cielo.

Debido a que la fiesta de Pentecostés era solo cincuenta días después de la Pascua, a la mayoría de judíos venidos de otros países les era mejor morar un tiempo en Jerusalén y asistir así a las dos celebraciones.

El adjetivo plural *piadosos* es traducción de la palabra griega ***eulabes***, compuesta de ***eu*** (bien) y ***lambano*** (asirse). Una persona piadosa está firmemente tomada de lo bueno. Otras versiones traducen: “*religiosos*” (B-C), “*que amaban a Dios*” (BLS), “*devotos*” (NTV), “*fieles*” (PDT).

En los versos 9-11 se especifican esas naciones. Fue esta una señal de Dios de carácter internacional. Es fácil el engaño religioso cuando se usan elementos ajenos al espectador, pero, ¿quién podría dudar de este milagro si se utilizaba algo tan íntimo como su idioma de nacimiento?

(6) Y hecho este estruendo, se juntó la multitud; y estaban confusos, porque cada uno les oía hablar en su propia lengua.

Este sonido venido del cielo y que llenó toda la casa donde estaban, llamó la atención de la multitud de judíos. Y una vez cerca, están *confusos*, no porque no entendieran las palabras habladas, sino precisamente porque las entendían en su idioma.

La Biblia en Lenguaje Sencillo traduce: “*se sorprendieron de que podían entender lo que decían los seguidores de Jesús*”. Lo que no entendían aun era la naturaleza y razón del fenómeno (v. 8). Por el contrario, en los cultos pentecostales la gente se confunde, pero por el desorden y por no entender nada (1Cor. 14.40).

(7) Y estaban atónitos y maravillados, diciendo: Mirad, ¿no son galileos todos estos que hablan?

Otros dos adjetivos: ‘atónito’ (gr. *existemi* = fuera de posición, asombrar), y ‘maravillado’ (gr. *thaumazo*, de *thauma* = maravilla).

Todos los que hablaban eran *galileos*; es decir, los que recibieron el Espíritu Santo y hablaron en lenguas fueron los apóstoles, de acuerdo a la promesa de Jesús: “*hablarán nuevas lenguas*” (Mar. 16.17).

Los judíos tenían en muy poca estima a los galileos (Hech. 4.13; Jn. 1.46; 7.52), pero Dios los eligió para que su ministerio fuera el fundamento de su nueva iglesia (Ef. 2.20). De la misma forma, hoy puede causar sorpresa el que personas tan sencillas como los cristianos, puedan enseñar a otros el camino de la salvación: “*Pues mirad, hermanos, vuestra vocación, que no sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles; sino que lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte; y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es, a fin de que nadie se jacte en su presencia*” (1Cor. 1.26-29).

(8) ¿Cómo, pues, les oímos nosotros hablar cada uno en nuestra lengua en la que hemos nacido?

He aquí el motivo de su asombro.

Por simple ociosidad se han elaborado diversas conjeturas: si el milagro estaba realmente en los que oyeron, si se habló una sola lengua y todos escuchaban la suya, o si hablaban los apóstoles un idioma diferente por turno, incluso, si ellos entendían lo que decían, etc. El poder del Espíritu Santo hizo a los doce apóstoles hablar en idiomas que no conocían y esta señal de Dios cumplió su propósito, eso es lo cierto.

(9) Partos, medos, elamitas, y los que habitamos en Mesopotamia, en Judea, en Capadocia, en el Ponto y en Asia,

Esta lista de países demuestra que las lenguas habladas eran idiomas conocidos.

La lista comienza en el extremo este y se va recorriendo hacia el oeste. El territorio de lo que hoy es Irán, constituía en el siglo 1 el Imperio Parto, rival de Roma. Ahí se encontraba Partia en el este (haciendo frontera con India), Persia en el sureste, Media al noroeste junto al Mar Caspio y Elam al suroeste junto al Golfo Pérsico.

En línea hacia el oeste sigue la región de Mesopotamia (actual Irak), llamada la cuna de la civilización y sede de multitud de imperios y culturas, principalmente Sumeria, Acadia, Babilonia y Asiria. Esta región estaba en disputa entre los imperios romano y parto en el siglo primero. (Sobre Judea ver comentario a 1.8).

Dejando a Judea el recorrido sigue al noroeste, hacia lo que hoy es Turquía. Turquía es una gran península que conecta a Europa con Asia. En el siglo 1 era una provincia romana y se llamaba Anatolia por los griegos y Asia Menor por los romanos. Ahí se encontraba Capadocia al norte del Mar Mediterráneo, Bitinia y Ponto al sur del Mar Negro y Asia al este del Mar Egeo. Esta región es importantísima tanto para la historia universal como para la bíblica. Su capital actual Estambul fue antes Constantinopla, capital del Imperio Bizantino. Sus ciudades más importantes en el siglo 1 eran Éfeso, Pérgamo, Esmirna, Antioquía de Pisidia y Laodicea; contenía además la región de Galacia. Ahí nació el apóstol Pablo, en Tarso de Cilicia.

(10) en Frigia y Panfilia, en Egipto y en las regiones de África más allá de Cirene, y romanos aquí residentes, tanto judíos como prosélitos,

Frigia y Panfilia se encontraban en la misma región, debajo de Bitinia y al occidente de Capadocia. El recorrido desciende a África. En primer lugar Egipto, que conecta a África con Asia. Al occidente de Egipto, Cirene, importante ciudad romana en lo que hoy es el país de Libia. Un ciudadano de Cirene llamado Simón “ayudó” a cargar la cruz de Jesús (Mat. 27.32). Roma, la capital del mundo, no requiere de presentación. “Prosélitos” (gr. *proseluto*), literalmente: “uno que ha llegado”. Eran gentiles que habían abrazado la religión judía en mayor o en menor medida. Su origen está en Éxo. 12.48-49. De ahí el término actual ‘proselitismo’.

(11) cretenses y árabes, les oímos hablar en nuestras lenguas las maravillas de Dios.

La isla de Creta era otra provincia romana, hoy parte de Grecia y su isla más grande. Los árabes eran habitantes principalmente de la península arábiga y descendientes de Abraham por medio de su hijo Ismael (Gén. 17.20). Esta lista no es exhaustiva, sino que su propósito es mostrar la universalidad de los acontecimientos (v. 2.5).

Casi todas estas regiones fueron parte del imperio conquistado por Alejandro Magno en el siglo cuarto antes de Cristo y, por lo tanto, el idioma predominante en ellas era el griego koiné, el mismo en el que se escribió el Nuevo Testamento. Precisamente Creta no fue conquistada por Alejandro, pero sí fue helenizada (influenciada por la cultura griega); solamente Elam y la península arábiga no fueron helenizadas.

Excelentes comentaristas fallan al afirmar que el don de lenguas era para que los judíos extranjeros escucharan el evangelio en su propio idioma.

No es así por tres razones principales:

- No fue necesario, porque el idioma universal era el griego.
- El contexto inmediato demuestra que no oyeron el evangelio.
- La predicación del evangelio se emprende en los versos siguientes por el apóstol Pedro.

Como se ha dicho anteriormente, el propósito de las lenguas era servir de *señal* a los incrédulos, principalmente judíos (1Cor. 14.22). Los apóstoles hablan en otros idiomas *las maravillas de Dios* y, una vez convencidos los oyentes de que la señal es de Dios, quedan preparados para escuchar el mensaje de la salvación en Cristo Jesús.

(12) Y estaban todos atónitos y perplejos, diciéndose unos a otros: ¿Qué quiere decir esto?

El contexto siempre derrumba las falsas conclusiones. Si estas personas hubieran escuchado en su idioma el mensaje del evangelio, no sería esta su actitud y respuesta, sino que hubieran procedido a su obediencia.

Ellos no se preguntan qué quiere decir lo que escuchan, pues lo entienden, sino qué significa este fenómeno (ver comentarios a 2.6, 8).

(13) Mas otros, burlándose, decían: Están llenos de mosto.

Comúnmente no se comenta sobre quiénes son estos “*otros*”. Matthew Henry dice que: “*por falta de la debida disposición, no se realizó para ellos el milagro*”. Pero ya hemos notado que el milagro estuvo en los que hablaron. Puede ser que estos fueran habitantes del interior de Judea y solo hablaban el hebreo y arameo, no entendiendo las lenguas extranjeras que estaban hablando los apóstoles. Lo que sí, es que en ellos se cumple lo dicho por Pablo: “*En la ley está escrito: En otras lenguas y con otros labios hablaré a este pueblo; y ni aun así me oirán, dice el Señor*” (1Cor. 14.21).

La palabra mosto es traducción de la griega **gleukos**, que significa ‘vino nuevo dulce’ y, según la misma acusación, embriagante, con cierto grado de fermentación. La Versión Moderna dice: “*Llenos están de vino nuevo*”. Se ha objetado que en esa época del año no había ese vino disponible. Pero el señalamiento puede ser solo como sarcasmo, aunque no deja de ser insultante.

La acusación es grave porque los apóstoles no estaban llenos de vino, sino del Espíritu Santo (ver 2.4). Los hombres insensatos no temen hablar en contra del Espíritu Santo: “*Por tanto os digo: Todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres; mas la blasfemia contra el Espíritu no les será perdonada. A cualquiera que dijere alguna palabra contra el Hijo del Hombre, le será perdonado; pero al que hable contra el Espíritu Santo, no le será perdonado, ni en este siglo ni en el*

venidero” (Mat. 12.31-32). Cuidemos de nuestro espíritu cuando escuchemos a los hermanos exponer la Palabra de Dios.

(14) *Entonces Pedro, poniéndose en pie con los once, alzó la voz y les habló diciendo: Varones judíos, y todos los que habitáis en Jerusalén, esto os sea notorio, y oíd mis palabras.*

Los doce apóstoles se ponen de pie, pero Jesús le había hecho una promesa especial a Pedro: “*Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos*” (Mat. 16.19). Toda llave sirve para abrir y, en este caso, el sermón de Pedro *abre* el camino al reino de los cielos, inaugura el nuevo pacto prometido en el Antiguo Testamento (Jer. 31.31) y declara por primera vez los requisitos para obtener la más grande promesa de Dios: el perdón de todos los pecados “*mediante la redención que es en Cristo Jesús*” (Rom. 3.24).

Este primer sermón evangelístico es dirigido a los judíos en la ciudad de Jerusalén. No ha existido jamás una nación más bendecida por Dios que el pueblo judío. “*Porque tú eres pueblo santo para Jehová tu Dios; Jehová tu Dios te ha escogido para serle un pueblo especial, más que todos los pueblos que están sobre la tierra. No por ser vosotros más que todos los pueblos os ha querido Jehová y os ha escogido, pues vosotros erais el más insignificante de todos los pueblos; sino por cuanto Jehová os amó, y quiso guardar el juramento que juró a vuestros padres, os ha sacado Jehová con mano poderosa, y os ha rescatado de servidumbre, de la mano de Faraón rey de Egipto*” (Deut. 7.6-8; ver Deut. 4.32-40).

Para cumplir su promesa de amor, Dios los sacó de Egipto, les dio tierra, nombre e identidad, su Palabra y sus leyes, les dio su amor, comunión, protección, misericordia y paciencia.

El apóstol Pablo les dijo: “*A vosotros a la verdad era necesario que se os hablase primero la palabra de Dios*” (Hech. 13.46). Y escribió que el evangelio es poder de Dios para salvación “*al judío primeramente*” (Rom. 1.16; ver Rom. 11.1). Aun durante el ministerio de Jesús, instruía así a los apóstoles: “*Por camino de gentiles no vayáis, y en ciudad de samaritanos no entréis, sino id antes a las ovejas perdidas de la casa de Israel*” (Mat. 10.5-6; ver Mat. 15.24). ¡Cuánto amaba Dios a su pueblo que hasta derramó lágrimas por ellos! (Luc. 19.41).

Y a pesar de que todas esas bendiciones las pagaron asesinando al Hijo Unigénito de Dios, a ellos les envía por primera vez su palabra de gracia, de salvación y perdón; les brinda la oportunidad histórica de salvar no solo sus almas, sino también a su nación, mas, como dice Jesucristo: “*no quisiste*” (Mat. 23.37-38). ¿Cuál será la actitud y respuesta ante Dios, de quienes hemos sido puestos en el lugar de los judíos? (Rom. 11.17-22), ¿Seremos también *rebeldes y contradictores*? (Rom. 10.21).

(15) Porque éstos no están ebrios, como vosotros suponéis, puesto que es la hora tercera del día.

La costumbre en aquellos tiempos era emborracharse de noche (1Tes. 5.7). La borrachera era algo mal visto en Jerusalén, especialmente durante eventos religiosos. Era además *la hora tercera del día* según tiempo judío (es decir las 9 de la mañana), momento de oración para los judíos, así como a la hora sexta (mediodía) y la novena (3 de la tarde).

(16) Mas esto es lo dicho por el profeta Joel:

Pedro, después de llamar la atención de la audiencia y refutar la suposición de los burlones, procede a explicar qué es lo que realmente está sucediendo.

Tenemos en los siguientes versículos un resumen en bosquejo de las partes más importantes de su sermón, pues dice el verso 40 que *“con otras muchas palabras testificaba y les exhortaba, diciendo: Sed salvos de esta perversa generación”*.

Pedro utiliza tres pasajes para exponer su predicación: uno del profeta Joel referente al derramamiento del Espíritu Santo como explicación de los varios eventos milagrosos de ese día de Pentecostés, y dos salmos de David que tratan sobre la muerte, sepultura y resurrección de Jesucristo y su exaltación a la diestra de Dios.

El propósito fundamental del mensaje de Pedro es: Dios está cumpliendo sus promesas a su pueblo, el Mesías ya vino, el Espíritu Santo está siendo derramado y *los postreros días* han comenzado. Este es un gran día de definición para el pueblo de Dios (Deut. 30.19), es de juicio severo sobre la nación y el sistema judaico, pero también uno de gran liberación y salvación.

Acerca del profeta Joel no se sabe mucho. Fue hijo de un tal Petuel y cumplió su ministerio en el reino de Judá aproximadamente en el siglo octavo antes de Cristo.

(17) Y en los postreros días, dice Dios, Derramaré de mi Espíritu sobre toda carne, Y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán; Vuestros jóvenes verán visiones, Y vuestros ancianos soñarán sueños;

(18) Y de cierto sobre mis siervos y sobre mis siervas en aquellos días Derramaré de mi Espíritu, y profetizarán.

Los postreros días significa el tiempo del Mesías, la dispensación del evangelio, el tiempo entre la primera y la segunda venida de Cristo. *“Acontecerá en lo postrero de los tiempos, que será confirmado el monte de la casa de Jehová como cabeza de los montes, y será exaltado sobre los collados, y correrán a él todas las naciones”* (Isa. 2.2).

Los eventos de ese día exaltarían en cierta forma a Jerusalén, a donde acudirían de todas las naciones y de donde llevarían la palabra de Dios a todas las naciones:

“Y vendrán muchos pueblos, y dirán: Venid, y subamos al monte de Jehová, a la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará sus caminos, y caminaremos por sus sendas. Porque de Sion saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra de Jehová” (Isa. 2.3).

En los tiempos del nuevo pacto, Jesucristo es el único mediador: *“Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo”* (Heb. 1.1-2; ver 1Tim. 2.5).

El Espíritu Santo fue derramado el día de Pentecostés solamente sobre los apóstoles. Pero la promesa plena de Dios se iría cumpliendo paulatinamente:

- En Siria, Ananías recibe visión de Dios respecto a Saulo de Tarso (Hech. 9.10).
- Algo similar sucede a un centurión romano en Cesarea, y ahí mismo el Espíritu Santo fue derramado también sobre los gentiles (Hech. 10).
- En Jope, Pedro recibe en una visión la enseñanza acerca de la inclusión de los gentiles (Hech. 11).
- Mediante otra visión de noche, Pablo recibe instrucciones de Dios acerca de los macedonios (Hech. 16.9).
- Cuatro doncellas, hijas de Felipe el evangelista, profetizaban (Hech. 21.8-9).
- Pablo se refiere a mujeres profetizas como un ejercicio frecuente (1Cor. 11.5).

(19) Y daré prodigios arriba en el cielo, Y señales abajo en la tierra, Sangre y fuego y vapor de humo;

(20) El sol se convertirá en tinieblas, Y la luna en sangre, Antes que venga el día del Señor, Grande y manifiesto;

Este era lenguaje común de los profetas del Antiguo Testamento al tratar sobre los juicios severos de Dios. El profeta Isaías utiliza términos similares al anunciar la caída de Babilonia (Isa. 13.10, 13; ver también 34.4), Ezequiel al proclamar lamentos sobre el faraón (Eze. 32.7-8), e incluso el profeta Jeremías sobre el juicio a Judá (Jer. 4.23-28) (Ver asimismo Amós 8.9, Hag. 2.6 y Apoc. 6.12-13).

Jesús había usado este tipo de palabras al hablar sobre la próxima destrucción de Jerusalén: *“E inmediatamente después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá, y la luna no dará su resplandor, y las estrellas caerán del cielo, y las potencias de los cielos serán conmovidas”* (Mat. 24.29).

Estas expresiones son tan fuertes que han hecho a muchos comentaristas afirmar que estos son eventos para el fin del mundo; sin embargo, tal información no le correspondería a esta audiencia ni es el tema de Pedro. Él usa el texto de Joel para enseñar que las promesas de Dios se están cumpliendo, que deben de arrepentirse y que viene la gran destrucción largamente advertida sobre toda la economía judaica.

(21) Y todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo.

Invocar el nombre del Señor. No es simplemente una exclamación de fe o una imploración por salvación, puesto que Jesucristo enseña: “No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos” (Mat. 7.21) y “¿Por qué me llamáis, Señor, Señor, y no hacéis lo que yo digo?” (Luc. 6.46). Invocar a Dios implica obedecerlo. Ver el ejemplo de Pablo (Hech. 22.16, además 2Tim. 2.19; 1Ped. 1.17).

Dice el apóstol Pablo: “¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique?.. Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios” (Rom. 10.14, 17). Solamente mediante la predicación del evangelio puede el hombre conocer realmente a Dios, reconocer su condición de perdido y su necesidad de la salvación y puede saber la forma que Dios ha determinado para que sea salvo. A eso se dispone precisamente el apóstol Pedro, después de citar estas palabras de Joel.

Será salvo. Todo mensaje de Dios es para salvación. Si Dios quisiera la condenación del hombre no hubiera trabajado tanto para darle su palabra. El deseo del corazón de Dios respecto al hombre está claramente expresado: “no quiere que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento” (2Ped. 3.9), y “quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad” (1Tim. 2.4).

(22) Varones israelitas, oíd estas palabras: Jesús nazareno, varón aprobado por Dios entre vosotros con las maravillas, prodigios y señales que Dios hizo entre vosotros por medio de él, como vosotros mismos sabéis;

Jesús creció en la ciudad de Nazaret, en *Galilea de los gentiles*, para que se cumpliera la profecía de *que habría de ser llamado nazareno* (Mat. 2.23). *Nazareno* era sinónimo de baja condición ante los despreciativos ojos de los judíos (Jn. 1.46). Esto era lo que decían las profecías al respecto: “Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto; y como que escondimos de él el rostro, fue menospreciado, y no lo estimamos” (Isa. 53.3). “Mas yo soy gusano, y no hombre; Oprobio de los hombres, y despreciado del pueblo” (Sal. 22.6). Pero el Dios que se deleita en avergonzar a lo fuerte por medio de escoger a lo débil (1Cor. 1.27), lo elegiría a él como la “*piedra viva, desechada ciertamente por los hombres, mas para Dios escogida y preciosa*” (1Ped. 2.4; Mar. 12.10).

Jesús sería *aprobado* “entre ellos” con las señales que haría “entre ellos”. Otras versiones dicen “*acreditado*” o “*confirmado*”. Mateo cita al profeta Isaías cuando dice: “*He aquí mi siervo, a quien he escogido; Mi Amado, en quien se agrada mi alma; Pondré mi Espíritu sobre él, Y a los gentiles anunciará juicio*” (Mat. 12.18).

Delante de Moisés (representando a la Ley) y de Elías (representando a los profetas), Dios dijo: *“Este es mi Hijo amado; a él oíd”* (Luc. 9.35). Pero no solo lo elegiría y depositaría en él toda la autoridad *en el cielo y en la tierra* (Mat. 28.18), sino que confirmaría por medio de los milagros que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios: *“Hizo además Jesús muchas otras señales en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro. Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre”* (Jn. 20.30-31). Jesús desafió solemnemente a su pueblo: *“Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis. Mas si las hago, aunque no me creáis a mí, creed a las obras, para que conozcáis y creáis que el Padre está en mí, y yo en el Padre”* (Jn. 10.37-38).

Dice Pedro: *“como vosotros mismos sabéis”*. Las cosas que, como bien dice Pablo en Hech. 26.26, *no se han hecho en algún rincón*, eran sabidas por toda la audiencia, pues los presentes habían estado en Jerusalén desde la pascua (ver Luc. 24.18 y notas a 2.5). Muchos habían contemplado la crucifixión de Jesús y quizás hasta participado en la petición de su ejecución. Pedro no cita testimonios de personas desconocidas, ni se refiere a acontecimientos oscuros, lejanos o pasados, como en los engaños religiosos, sino que invoca como testigos a su misma audiencia. Si las afirmaciones apostólicas acerca de Cristo Jesús fueran falsas, estos judíos (especialmente los residentes) estaban en la oportunidad histórica de desmentirlas todas.

(23) a éste, entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios, prendisteis y matasteis por manos de inicuos, crucificándole;

Aquel a quien Dios aprobó, su pueblo lo asesinó.

La frase *determinado consejo* viene de las palabras griegas **jorizo** (marcar los límites de un lugar, y de ahí, determinar, definir, designar. De este vocablo procede la palabra española horizonte), y **boule** (de una raíz que significa *voluntad*, y de ahí consejo). Dios había dispuesto la muerte de Jesús (Jn. 3.16), y nada evitaría o estorbaría el cumplimiento de su voluntad. La frase *anticipado conocimiento* es traducción fiel de un vocablo griego compuesto: **prognosis** (se traduce *presciencia* en 1Ped. 1.2), y es parte de la omnisciencia de Dios. Jesús, como tal, conocía todos los eventos de antemano (Jn. 6.64; 13.1; 18.4).

No existe un acontecimiento en algún punto de la historia, que Dios desconociera. Pero hay ciertos eventos que no solo son conocidos por Dios sino que además adelantan o favorecen sus propios planes, cumpliendo así sus buenos propósitos y esto para el bien de sus hijos (por ejemplo Gén. 50.20). La Biblia Latinoamericana dice: *“Ustedes, sin embargo, lo entregaron a los paganos para ser crucificado y morir en la cruz, y con esto se cumplió el plan que Dios tenía dispuesto”*.

Pablo lo explica así más adelante: *“Porque los habitantes de Jerusalén y sus gobernantes, no conociendo a Jesús, ni las palabras de los profetas que se leen todos los días de reposo, las cumplieron al condenarle”* (Hech. 13.27). No conocieron a Jesús en el sentido de no aprobarlo como el Mesías que señalaban los profetas; Dios lo aprobó, pero ellos lo rechazaron (Jn. 1.11).

No solo no conocieron a Jesucristo, ni las Escrituras que memorizaban desde niños, tampoco conocieron la sabiduría de Dios: *“la que ninguno de los príncipes de este siglo conoció; porque si la hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de gloria”* (1Cor. 2.8). La muerte por la crucifixión demostró la humanidad de Cristo, pero su resurrección de entre los muertos demostró su Deidad, gloria e inmortalidad (Rom. 1.4). Grande es la sabiduría de Dios (Rom. 11.33).

(24) al cual Dios levantó, sueltos los dolores de la muerte, por cuanto era imposible que fuese retenido por ella.

¿Cristo resucitó o Dios lo levantó? Muchos textos dicen que Jesús resucitó, otros muchos, que Dios lo levantó o lo resucitó. Jesucristo dijo: *“Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre”* (Jn. 10.17-18). Jesús a veces afirmaba que el Padre hacía sus obras: *“¿No crees que yo soy en el Padre, y el Padre en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre que mora en mí, él hace las obras”* (Jn. 14.10). Mas, en el mismo discurso, dijo que él haría todo: *“Y todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si algo pidieréis en mi nombre, yo lo haré”* (Jn. 14.13-14). Entre las personas de la Deidad es lo mismo, ¿por qué?: *“...porque todo lo que el Padre hace, también lo hace el Hijo igualmente”* (Jn. 5.19).

Sueltos los dolores de la muerte. Es decir, habiendo sido liberado de esos terribles dolores. La Biblia de las Américas dice: *“poniendo fin a la agonía de la muerte”*. Jesús experimentó realmente la muerte y todo su sufrimiento físico y emocional, pero era imposible, por ser el Hijo de Dios y porque así estaba profetizado, que esta lo retuviera bajo su dominio (*“¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?”* - Luc. 24.5). Dios vence siempre y vencerá hasta el fin a la muerte: *“Y el postrer enemigo que será destruido es la muerte”* (1Cor. 15.26). Como se ve en los versos siguientes y en todo discurso de los apóstoles, la resurrección de Cristo es el tema central del mensaje apostólico.

(25) Porque David dice de él: Veía al Señor siempre delante de mí; Porque está a mi diestra, no seré conmovido.

Como si de un juicio se tratara, Pedro, después de dar el testimonio de los apóstoles, de invocar el conocimiento de la misma audiencia, pasa ahora a citar a Jesucristo mismo por medio de las Escrituras (Jn. 5.39; Luc. 24.44; 1Ped. 1.10-11).

En estos cuatro versículos, Pedro cita el primer texto de David, el Salmo 16.8-11. Los judíos sabían que este texto señalaba al Mesías y que este sería descendiente de David (Mat. 22.42). Sin más y directamente, Pedro afirma, no solo que esta escritura habla de Jesús, sino que en realidad es el Hijo quien está diciendo estas palabras proféticas y las aplica a su resurrección.

La frase *‘Veía al Señor siempre delante de mí’*, indica la comunión perfecta entre el Padre y el Hijo. Como decía Jesús: *“Porque el que me envió, conmigo está; no me ha dejado solo el Padre, porque yo hago siempre lo que le agrada”* (Jn. 8.29).

La frase *‘Porque está a mi diestra, no seré conmovido’*, es también muy interesante. Jesús se sentaría finalmente en su trono a la derecha del Padre, lugar de máxima exaltación y honor (verso 34); pero aquí, quien está a la diestra de Cristo es el Padre. Sucede que en la usanza militar antigua, el guerrero sostenía la espada con su mano derecha y con la izquierda el escudo. Quien era puesto a la derecha del rey, contaba con la confianza plena del rey y tenía el privilegio y la responsabilidad de defenderlo. Pero si es el rey quien está a la derecha de alguien, significa que es él quien lo está defendiendo con su escudo. Por ejemplo, Jehová defiende a los necesitados: *“Porque él se pondrá a la diestra del pobre, para librar su alma de los que le juzgan”* (Salm. 109.31). Toda la idea es: Dios defiende a su Ungido. La Biblia en Lenguaje Sencillo traduce: *“Yo siempre te tengo presente; si tú estás a mi lado, nada me hará caer”*. Asimismo, cuando nosotros nos dedicamos a hacer lo que agrada a Dios, haciéndonos personas agradables a él, podemos decir confiadamente con el apóstol Pablo: *“todo lo puedo en Cristo que me fortalece”* (Flp. 4.13).

(26) Por lo cual mi corazón se alegró, y se gozó mi lengua, Y aun mi carne descansará en esperanza;

Las razones de la alegría y el gozo del Mesías, eran que el Padre estaba a su diestra y era su ayudador y consolador, que resucitaría de la muerte y que los planes eternos de la Deidad se cumplirían por su obra perfecta: *“puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios”* (Heb. 12.2).

La palabra griega traducida como carne es **sarx**. Según el Léxico de Thayer significa *carne* y en segundo lugar *cuerpo* (así la traducen varias versiones). La esperanza de David era la resurrección de los muertos en el día postrero, pero la de Cristo era la resurrección antes de *ver corrupción*. Algunas cosas podrían aplicar a David, pero el cumplimiento cabal de todas solo puede encontrarse en la persona de Cristo.

(27) Porque no dejarás mi alma en el Hades, Ni permitirás que tu Santo vea corrupción.

Ni el espíritu ni el cuerpo de Jesús permanecerían en los lugares comunes. Su espíritu, encomendado en las manos del Padre (Luc. 23.46), no sería dejado en el Hades y su cuerpo no vería corrupción, es decir, resucitaría antes de poder corromperse.

La palabra Hades es solo una transliteración. Es la región (o, mejor dicho, el *estado*) de los espíritus de los que han fallecido. En el Antiguo Testamento se corresponde con la palabra hebrea Seol. A veces ha sido traducida equivocadamente como *infierno* y, en la Reina-Valera 60, como *sepulcro* en 1Cor. 15.55. El Hades no es el infierno, porque entregará a sus muertos para ser juzgados y luego será lanzado al lago de fuego: “Y el mar entregó los muertos que había en él; y la muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos; y fueron juzgados cada uno según sus obras. Y la muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda” (Apoc. 20.13-14). En este texto de Apocalipsis, el punto del autor no es en *donde* están los muertos, sino que *todos* serán juzgados.

Jesús menciona el Hades en cuatro ocasiones con tres propósitos:

- Dos veces para señalar hasta donde sería abatida Capernaum (Mat. 11.23; Luc. 10.15).
- Para afirmar que las puertas del Hades (o sea el poder de la muerte) no prevalecerían contra su iglesia (Mat. 16.18).
- Para enseñar el destino de los que mueren (Luc. 16.23-31).

En este texto de Lucas, los dos que murieron están en el Hades, pero en condiciones distintas. Como no pueden pasar del lugar de tormento al de reposo, tampoco pueden escaparse a la tierra. Hay memoria de lo que sucedió en la tierra y de las personas, pero no conocimiento de eventos actuales (Ecle. 9.6).

(28) Me hiciste conocer los caminos de la vida; Me llenarás de gozo con tu presencia.

Jesucristo es omnisciente, pero experimentó el poder de volver a la vida. El texto de David dice: “*Me mostrarás*”, pero aquí Pedro lo vierte, por inspiración, como profecía ya cumplida: “*Me hiciste conocer*”.

Desde su ascensión, Cristo está a la diestra del Padre, lleno de gozo y de gloria. A Esteban se le permitió contemplar esto y dar testimonio: “*Pero Esteban, lleno del Espíritu Santo, puestos los ojos en el cielo, vio la gloria de Dios, y a Jesús que estaba a la diestra de Dios, y dijo: He aquí, veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre que está a la diestra de Dios*” (Hech. 7.55-56).

Aquí termina el primer texto de David (Salm. 16.8-11). Ahora, en los siguientes cuatro versículos, el apóstol Pedro procede a explicarlo inspiradamente.

(29) *Varones hermanos, se os puede decir libremente del patriarca David, que murió y fue sepultado, y su sepulcro está con nosotros hasta el día de hoy.*

En la actualidad, a las afueras de las murallas de la ciudad vieja de Jerusalén, se encuentra un cenotafio en memoria del rey David. Un cenotafio es un “*monumento funerario en el cual no está el cadáver del personaje a quien se dedica*” (DRAE).

Pero en el siglo primero, y según las palabras de Pedro, el sepulcro que contenía los restos de David era bien conocido por todos los judíos. Pedro invoca al conocimiento general. David murió, fue sepultado y tenemos sus restos, por lo tanto, las profecías del salmo que escribió de ninguna manera podrían referirse a él. Este es el primer punto de Pedro en su exposición del texto.

(30) *Pero siendo profeta, y sabiendo que con juramento Dios le había jurado que de su descendencia, en cuanto a la carne, levantaría al Cristo para que se sentase en su trono,*

Era profeta y conversaba con Dios, pero además recibió juramento de Jehová: “*Hice pacto con mi escogido; Juré a David mi siervo, diciendo: Para siempre confirmaré tu descendencia, y edificaré tu trono por todas las generaciones*” (Salm. 89.3-4; ver 2Sam. 7.11-16). Por lo tanto, las profecías del salmo no hablan de David, sino *de su descendencia*. Un hijo de David *en cuanto a la carne*, esto es, como hombre, el Mesías sería descendiente del rey David, pero en cuanto al Espíritu, sería el Verbo eterno de Dios (Jn. 1.1, 14).

El ángel Gabriel dice acerca de Jesús: “*Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David su padre; y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin*” (Luc. 1.32-33). Pero el reino de los judíos no solo tuvo fin, sino que fue totalmente destruido. En cambio la iglesia de Cristo, a pesar de todas las persecuciones y de su propia debilidad, permanece como una antorcha sobre las ruinas de todos los grandes imperios de la historia. La tragedia de los judíos es que esperaban un Mesías y un reino terrenal.

Cristo Jesús desafió a los judíos: “*Y estando juntos los fariseos, Jesús les preguntó, diciendo: ¿Qué pensáis del Cristo? ¿De quién es hijo? Le dijeron: De David. El les dijo: ¿Pues cómo David en el Espíritu le llama Señor, diciendo: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha, Hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies? Pues si David le llama Señor, ¿cómo es su hijo? Y nadie le podía responder palabra; ni osó alguno desde aquel día preguntarle más*” (Mat. 22.41-46).

¿De verdad no podían responder, o es que no quisieron reconocerlo y aceptarlo? El segundo punto de Pedro es: el salmo habla del Mesías, un descendiente de David.

(31) viéndolo antes, habló de la resurrección de Cristo, que su alma no fue dejada en el Hades, ni su carne vio corrupción.

David, viendo el futuro, habló de la resurrección de Cristo. Aquí se ve la diferencia entre el alma y el cuerpo. Uno volvió del Hades, el otro salió del sepulcro. La Traducción del Nuevo Mundo omite en su texto la palabra ‘alma’ (**psuque**). Sobre el Hades, véase comentarios a 2.27.

El Mesías que esperaban los judíos habría de morir y ser sepultado, pero ni su alma se quedaría en el Hades ni su cuerpo en el sepulcro, resucitaría al tercer día y ascendería al cielo, a la diestra de Dios. Los judíos podían entender que esta era la enseñanza del salmo de David, y aun aceptar que no se refería al mismo David, pero faltaba que supieran a quien se refería el pasaje. Pedro les revela: a Cristo, o sea Jesús, en el siguiente verso. Este es el tercer punto de Pedro respecto al texto.

(32) A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos.

Así como David fue escogido para verlo antes, los apóstoles fueron escogidos para ver el cumplimiento y testificar acerca de él: “*A éste levantó Dios al tercer día, e hizo que se manifestase; no a todo el pueblo, sino a los testigos que Dios había ordenado de antemano, a nosotros que comimos y bebimos con él después que resucitó de los muertos*” (Hech. 10.40-41).

(33) Así que, exaltado por la diestra de Dios, y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís.

Pedro, después de explicarles el fenómeno del don de lenguas mediante la profecía de Joel, y de demostrarles la resurrección de Jesús por la profecía de David, ahora pasa a la tercera parte de su sermón: la exaltación de Jesucristo a la diestra de Dios. La Nueva Traducción Viviente es en realidad un comentario perfecto: “*Ahora él ha sido exaltado al lugar de más alto honor en el cielo, a la derecha de Dios*”.

La ascensión y exaltación de Cristo era indispensable para que se cumpliera la promesa del Espíritu Santo: “*Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuera, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré*” (Jn. 16.7). Lo que los judíos veían y oían era prueba de la venida del Espíritu Santo, y la manifestación de ese poder era una especie de garantía de que el Hijo de Dios ya había sido glorificado, a la misma gloria que tuvo con el Padre *antes que el mundo fuese* (Jn. 17.5; 6.62).

(34) Porque David no subió a los cielos; pero él mismo dice: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra,

No solo David, sino que: *“Nadie subió al cielo, sino el que descendió del cielo; el Hijo del Hombre, que está en el cielo”* (Jn. 3.13). Pedro reitera que los textos escritos por David no pueden referirse a él, sino al Mesías prometido a Israel. Aquí expone el segundo pasaje de David, el Salmo 110.1. Esta cita es usada por Jesús para demostrarles a los fariseos que el Mesías es Señor de David, a pesar de ser descendiente de este (Mat. 22.41-46). También lo cita el escritor de la carta a los Hebreos, para argumentar que a ningún ángel se le han dicho semejantes palabras de gloria (Heb. 1.13). Si el Mesías es descendiente de David, entonces es un ser humano. Pero si es Señor de David, entonces es al mismo tiempo un ser divino. Y si es mencionado como Señor junto al Señor Jehová, entonces es igual a Dios (Jn. 5.18; Flp. 2.6). Este texto muestra tanto la divinidad de Cristo como la pluralidad de personas en la Deidad. Efectivamente, el Señor Jehová no se dijo algo a sí mismo.

(35) Hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies.

Dice el libro de Josué: *“Y cuando los hubieron llevado a Josué, llamó Josué a todos los varones de Israel, y dijo a los principales de la gente de guerra que habían venido con él: Acercaos, y poned vuestros pies sobre los cuellos de estos reyes. Y ellos se acercaron y pusieron sus pies sobre los cuellos de ellos”* (Jos. 10.24). En la usanza militar antigua, se ponía el pie sobre el enemigo vencido, como muestra de victoria total y de dominación de la nación derrotada. Así se observa en antiguas representaciones egipcias y asirias. Dice el apóstol Pablo acerca de Cristo: *“Porque preciso es que él reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies”* (1Cor. 15.25; ver Heb. 10.12-13).

Todos los seres humanos deberán de doblar su rodilla ante el nombre de Jesús: *“Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre”* (Flp. 2.9-11). Toda lengua confesará que Jesucristo es el Señor, lamentablemente muchos lo harán demasiado tarde. Como lo hace aquí el apóstol Pedro, debemos de llamar a las personas a reconocer en Cristo Jesús al Señor y Salvador, pero a tiempo para ser librados *de la ira venidera* (1Tes. 1.10). ¿Estaremos como soldados de Cristo participando activamente en esa guerra espiritual, o nos tienen muy ocupados nuestras propias batallas? (2Tim. 2.3-4).

(36) Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo.

Excelsa conclusión del inspirado sermón del apóstol Pedro. Después de demostrarles por las profecías de las Santas Escrituras (el texto de Joel y los dos salmos de David), que Dios ha cumplido su promesa del derramamiento del Espíritu Santo, que Jesucristo resucitó de los muertos y que ha sido exaltado a la diestra de Dios, culmina su mensaje introduciendo a la audiencia en él. Toda la nación debe de saber con toda certeza, que aquel a quien han asesinado es, por predeterminación de Dios, el Señor y el Mesías prometido a Israel.

Pedro los hace *responsables* ante Dios de dos cosas: el crimen que han cometido y la actitud con la que van a responder a la oportunidad histórica de salvación. Sirve poco desarrollar una excelente predicación, si no se hacen profundas aplicaciones personales hacia la audiencia. Es necesario que el mensaje de Dios proporcione la información completa y precisa, que cale intensamente en los sentimientos y que mueva poderosamente a una acción determinada.

Con todo, las características de esta ocasión son especiales y nunca podrán repetirse, pues el apóstol Pedro se dirige a los judíos que llevaron a la muerte al Hijo de Dios. En la actualidad, muchos afirman que los judíos no mataron a Jesús y que no son responsables como nación. Sin embargo, en ese fatídico día, ellos dijeron: “Y respondiendo todo el pueblo, dijo: Su sangre sea sobre nosotros, y sobre nuestros hijos” (Mat. 27.25). Dice literalmente el texto: “*vosotros crucificasteis*”. Así como: “*matasteis por manos de inicuos*” (2.23). Recuerde el principio legal llamado: “*Qui facit per alium, facit per se*” (“*Quien obra por medio de otro, obra por sí mismo*”).

(37) Al oír esto, se compungieron de corazón, y dijeron a Pedro y a los otros apóstoles: Varones hermanos, ¿qué haremos?

Al oír esto. El estruendo y el don de lenguas los dejó *confusos* (verso 6), *atónitos* y *maravillados* (verso 7), y además *perplejos* (verso 12), pero escuchar la predicación de la Palabra de Dios los hizo creer, los condujo a la fe que salva. Dice el apóstol Pablo: “*Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios*” (Rom. 10.17).

Se ‘*compungieron*’, del griego ***katanuáomai***, que significa: “*golpear o pinchar violentamente. Se usa de una fuerte emoción*” (Diccionario Vine). Otras versiones traducen: “*se afligieron profundamente*” (BLA), “*se conmovieron profundamente*” (PDT), “*Las palabras de Pedro traspasaron el corazón de ellos*” (NTV). Eso hace la Palabra de Dios: “*Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón*” (Heb. 4.12). Aun así, no todos creyeron, y no todos creen (Rom. 10.16).

Una de las cuestiones más fundamentales de la Biblia es acerca de la pregunta de los oyentes, *¿qué haremos?* Pero, **¿qué haremos para qué?**

¿Qué cosa buscaban quienes hicieron esta pregunta? Por la respuesta del apóstol Pedro, sabemos que lo que deseaban, y lo que *necesitaban* más que cualquier otra cosa, era el perdón de Dios por todos sus pecados. El dolor de saber que se ha ofendido a Dios provoca a menudo esta misma pregunta, como en el caso del carcelero de Filipos: “*y sacándolos, les dijo: Señores, ¿qué debo hacer para ser salvo?*” (Hech. 16.30), o el del mismo Saulo de Tarso: “*Él, temblando y temeroso, dijo: Señor, ¿qué quieres que yo haga?*” (Hech. 9.6). Nadie que crea verdaderamente en el mensaje de Cristo, se queda sin hacer esta crucial pregunta.

(38) Pedro les dijo: Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo.

Los judíos quedaron convencidos por la predicación inspirada del apóstol Pedro, es decir, creyeron en el *evangelio* (la buena noticia) de Cristo: “*Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras*” (1Cor. 15.4), y que Jesucristo es el Hijo de Dios (Jn. 3.16), el Mesías prometido al pueblo judío y el Señor (verso 36; ver Rom. 10.9). ¿Ya no tenían nada más qué hacer? ¿Sería suficiente su fe sola?

Pedro, como apóstol inspirado por el Espíritu Santo, les manda a hacer otras dos cosas: arrepentirse y bautizarse en el nombre de Jesucristo. *Arrepentíos*. La palabra griega es ***metanoeo***. El Diccionario Vine la explica así: “*percibir posteriormente (meta, después, implicando cambio; noeo, percibir; nous, mente, el asiento de la reflexión moral). Cambiar de opinión o el propósito*”. El Diccionario Swanson la define como: “*cambio de vida, basado en un cambio completo de actitud y de pensamiento*”. Es un cambio de mente que se traduce en un cambio radical de la conducta. La versión Palabra de Dios para Todos traduce: “*Cambien su manera de pensar y de vivir*”. Ellos se habían *compungido de corazón* (v. 36), pero faltaba el arrepentimiento pleno que produce *la tristeza que es según Dios* (2Cor. 7.10).

¿Para qué cosa es necesario el arrepentimiento?: “*Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados; para que vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio*” (Hech. 3.19). ¿Fue mandado solo a los judíos? No, pues el apóstol Pablo les dice a los gentiles griegos: “*Pero Dios, habiendo pasado por alto los tiempos de esta ignorancia, ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan; por cuanto ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó, dando fe a todos con haberle levantado de los muertos*” (Hech. 17.30-31; ver 20.21). Por cuanto todos compareceremos *ante el tribunal de Cristo* (2Cor. 5.10), es necesario que todos los hombres se arrepientan de sus pecados, y no solamente que crean.

Bautícese. Es transliteración de la palabra griega **baptizo**, que significa sumergir. Mientras el bautismo con el Espíritu Santo fue una *promesa* (Hech. 1.4; 2.33), el bautismo en agua en el nombre de Jesucristo es un mandamiento. Después de su resurrección, Jesús ya les había dado esta ordenanza a los apóstoles: “*Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo*” (Mat. 28.19). En este día de Pentecostés en que los apóstoles han sido investidos con el poder del Espíritu Santo, comienzan a cumplir con la gran comisión.

El bautismo es una sepultura y una resurrección a la semejanza de Cristo: “*Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva*” (Rom. 6.4; ver Col. 2.12). La vida nueva en Cristo comienza al salir del bautismo, naciendo de nuevo del *agua y del Espíritu* (Jn. 3.5).

En el nombre de Jesucristo. Ni esta frase, ni la que aparece en Mateo 28.19, son fórmulas para decirlas al bautizar. Aquí, significa sencillamente que lo que se está haciendo es por la autoridad de Jesucristo, con apego a su voluntad y según sus instrucciones. “*Y todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él*” (Col. 3.17). Por ejemplo, pedir algo ‘en su nombre’ (Jn. 14.13-14), no trata solo de mencionar el nombre de Jesús, sino de pedir cosas de acuerdo a su voluntad. En Mateo 28.19, la frase indica que quien es bautizado entra en comunión con las tres Personas de la Deidad. El erudito W. E. Vine comenta: “*La frase... indica que la persona bautizada era mediante ello estrechamente ligada a, o venía a ser la propiedad de aquel en cuyo nombre era bautizada*”. Más que cosas que el bautizado debe de escuchar, son cosas que debe de entender muy bien y de creer con todo su corazón (Rom. 6.17).

Para perdón de los pecados. La palabra ‘para’ traduce la preposición griega **eis**, que indica un movimiento hacia un objetivo. La frase griega es **EIS APHESIN HAMARTION**, y se encuentra cuatro veces de forma idéntica en el Nuevo Testamento:

- En Mateo 26.28 al hablar de la sangre de Cristo derramada “*para remisión de los pecados*”.
- En Marcos 1.4 y Lucas 3.3 acerca del bautismo del arrepentimiento “*para perdón de pecados*”.
- Y aquí, al hablar del bautismo en el nombre de Jesucristo “*para perdón de los pecados*”.

Lo que la frase significa en cada caso, significa en todos. Es decir: si el bautismo no es para perdón de pecados, itampoco lo es el derramamiento de la sangre de Cristo!

La Biblia Dios Habla Hoy traduce: *“Pedro les contestó: Vuélvanse a Dios y bautícese cada uno en el nombre de Jesucristo, para que Dios les perdone sus pecados, y así él les dará el Espíritu Santo”*. Es la respuesta inspirada a la interrogante de los judíos que manifestaba su suprema necesidad: la salvación. Cuando el Señor Jesucristo resucitado dio la gran comisión, declaró al mismo tiempo cuál era el propósito del bautismo: *“El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado”* (Mar. 16.16; ver 1Ped. 3.21).

Y recibiréis el don del Espíritu Santo. Este don no está relacionado con los dones milagrosos, pues los samaritanos, que ya habían sido bautizados en el nombre de Jesús, no los recibieron hasta la llegada de los apóstoles Juan y Pedro (8.14-16).

Gramaticalmente puede significar tanto el regalo que da el Espíritu Santo, como el Espíritu Santo dado como regalo. En cualquiera de los dos casos viene a significar exactamente lo mismo: las bendiciones espirituales que hemos recibido por nuestra obediencia al evangelio de Cristo. Al ser bautizados en Cristo, hemos recibido la salvación (Mar. 16.16), la comunión con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo (Mat. 28.19), y hemos sido trasladados a su reino (Col. 1.13). *“Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo”* (Ef. 1.3). En todo el capítulo 1 de esta carta se menciona buena parte de esas bendiciones: Nos hizo parte de sus escogidos, nos adoptó como *hijos suyos por medio de Jesucristo, nos hizo aceptos en el Amado*, en quien tenemos *redención por su sangre*, el perdón de todos nuestros pecados, nos dio a *conocer el misterio de su voluntad* respecto a Cristo, en quien tenemos *herencia* en los cielos, y hemos sido sellados con el Espíritu Santo hasta que esta promesa se cumpla. Ahora somos *“conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios”* (Ef. 2.19), hemos sido renacidos *“para una esperanza viva”* (1Ped. 1.3).

(39) Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llamare.

Ese don del Espíritu Santo, que contiene las bendiciones del verso anterior, es prometido en este caso a los oyentes judíos, pero su alcance se extiende a sus descendientes y, llegado el tiempo, a los gentiles. El apóstol Pablo dice: *“Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo”* (Ef. 2.13). Hasta la fecha, todas las personas son llamadas por Dios mediante el evangelio de Cristo: *“a lo cual os llamó mediante nuestro evangelio, para alcanzar la gloria de nuestro Señor Jesucristo”* (2Tes. 2.14). Ese evangelio voluntariamente se obedece (Rom. 6.17) o se desobedece (2Tes. 1.8), pues si Dios eligiera a los salvos incondicionalmente, según su deseo, la salvación sería universal: *“el cual quiere que todos los hombres sean salvos”* (1Tim. 2.4).

(40) Y con otras muchas palabras testificaba y les exhortaba, diciendo: Sed salvos de esta perversa generación.

Lo que indica que en este capítulo hemos conocido solo un resumen tanto de su sermón como de las palabras de exhortación del apóstol Pedro.

Todos podemos exhortar, pero solamente los apóstoles podían *testificar*, y esto por dos razones: fueron inspirados por el Espíritu Santo (Jn. 14.26) y fueron testigos presenciales de los hechos y las palabras del Verbo Eterno (1Jn. 1.1-3).

Es Dios quien salva, pero el hombre debe de *ocuparse en su salvación con temor y temblor* (Flp. 2.12). La gracia de Dios ha dispuesto la fe del evangelio como el medio de salvación (Ef. 2.8). Pero esa gracia no es *irresistible*. Se puede recibir en vano (2Cor. 6.1), se puede desechar (Gál. 2.21), de ella se puede caer (Gál. 5.4), y se puede dejar de alcanzar (Heb. 12.15).

(41) Así que, los que recibieron su palabra fueron bautizados; y se añadieron aquel día como tres mil personas.

No meramente escucharon, sino que *recibieron la palabra* apostólica (Jn. 13.20). El vocablo griego es *apodecomai*, que significa: “*recibir cordialmente, dar la bienvenida, recibir sin reservas de ningún tipo*” (Vine); “*Bienvenida, aceptar, reconocer*” (Swanson); “*tomar totalmente*” (Strong). La Palabra de Dios para Todos traduce: “*Entonces los que hicieron caso a lo que Pedro decía fueron bautizados*”. No existe bienvenida a la Palabra de Dios hasta que se obedecen sus mandamientos; quienes rehúsan ser bautizados no han recibido el evangelio de Cristo.

Al momento de ser bautizados para el perdón de sus pecados, fueron añadidos al conjunto de los discípulos de Cristo. La salvación mediante el evangelio nos añade al cuerpo de los salvos (Ef. 2.19; 1Cor. 12.13; Col. 1.13). Hay grupos religiosos que enseñan que no es necesario bautizarse para ser salvos, pero sí para pertenecer a la denominación. Según esto, resultaría más fácil entrar al cielo que a esas denominaciones humanas.

Otros dudan que en unas horas hayan sido bautizadas tres mil personas. Pueden ser quienes creen que el bautismo es una ceremonia protocolaria, que el bautizador ha de ser un ministro ordenado, o que los que iban obedeciendo al bautismo no podían bautizar a otros.

(42) Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones.

Perseveraban (gr. *proskartereo*), significa: “*lit., ser fuerte hacia (pros, hacia, utilizado intensivamente, y kartereo, ser fuerte), perseverar en, ser continuamente constante con una persona o cosa*” (W. E. Vine).

Otras versiones dicen: *“Se mantenían firmes en la enseñanza de los apóstoles”* (NVI). *“Ellos estaban dedicados a aprender lo que los apóstoles enseñaban”* (PDT). *“Y eran fieles en conservar la enseñanza de los apóstoles”* (DHH). *‘Perseverantes, firmes, dedicados, fieles’*, todo esto indica no solo que reconocían que las enseñanzas de los apóstoles provenían de Dios, sino que las obedecían y aplicaban cabalmente a su vida. Ellos fueron los primeros en recibir enseñanzas apostólicas inspiradas por el Espíritu Santo, tuvieron y juzgaron las evidencias de primera mano; si seguimos su ejemplo, sin duda conseguiremos los mismos resultados.

La *doctrina de los apóstoles* es la doctrina de Dios. Ellos recibieron la autoridad para gobernar y dirigir a la iglesia mediante sus escritos: *“Y Jesús les dijo: De cierto os digo que en la regeneración, cuando el Hijo del Hombre se sienta en el trono de su gloria, vosotros que me habéis seguido también os sentaréis sobre doce tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel”* (Mat. 19.28). Ahora es el tiempo de la regeneración mediante el evangelio (Tito 3.5), el Hijo del Hombre ya fue exaltado al cielo, y las doce tribus de Israel son la iglesia, el *“Israel de Dios”* (Gál. 6.16).

Los apóstoles son enviados por Jesucristo de la misma manera que Dios lo envió a él: *“Entonces Jesús les dijo otra vez: Paz a vosotros. Como me envió el Padre, así también yo os envío”* (Jn. 20.21). Por consecuencia: *“De cierto, de cierto os digo: El que recibe al que yo enviare, me recibe a mí; y el que me recibe a mí, recibe al que me envió”* (Jn. 13.20). Y: *“El que a vosotros oye, a mí me oye; y el que a vosotros desecha, a mí me desecha; y el que me desecha a mí, desecha al que me envió”* (Luc. 10.16). No es posible tener comunión con las Personas de la Deidad, si se menosprecian, minimizan o ignoran las instrucciones de los apóstoles de Cristo (Mat. 28.20; 1Cor. 14.37; Flp. 4.9). Ellos, como sus embajadores (2Cor. 5.20), legislan sobre todas las cosas en que Cristo es cabeza de la iglesia: la salvación, la adoración, la organización y obra de las iglesias locales. El apóstol Pablo dice: *“edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo”* (Ef. 2.20).

Comunión (gr. **koinonia**). Vine dice: *“tener en común (koinos), compañerismo”*. El Léxico de Thayer la define así: *“asociación, comunidad, comunión, participación conjunta, comunicación”*. Es una palabra muy rica que merece un estudio aparte; incluso en Rom. 15.26 se traduce como *ofrenda*. De ahí que, la comunión y membrecía en una iglesia local, implica o depende de una responsabilidad o labor en ella, no puede existir un miembro sin alguna actividad. Dice el apóstol Pablo: *“de quien todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor”* (Ef. 4.16; ver 1Cor. 12.14-27). De ahí que exhorta a: *“que amonestéis a los ociosos”* (1Tes. 5.14; ver Rom. 12.11 y Heb. 6.12).

Partimiento del pan. Esta frase, dentro del contexto de *la doctrina de los apóstoles*, se refiere a la Cena del Señor. Mediante el ejemplo apostólico, se tiene la frecuencia para participar en este memorial: *“El primer día de la semana, reunidos los discípulos para partir el pan, Pablo les enseñaba...”* (Hech. 20.7). En el verso 46, la misma expresión trata sobre comida ordinaria organizada por individuos (*en las casas*); corroborar en 1Cor. 11.22, 34.

Oraciones. El apóstol Pablo enseñaba: *“Exhorto ante todo, a que se hagan rogativas, oraciones, peticiones y acciones de gracias, por todos los hombres”* (1Tim. 2.1). La iglesia tiene el privilegio de ser escuchada directamente por el Soberano del universo, y no lo debe de desaprovechar. *“Así que Pedro estaba custodiado en la cárcel; pero la iglesia hacía sin cesar oración a Dios por él”* (Hech. 12.5).

En sus reuniones, las iglesias de Cristo también cantan (Ef. 5.19; Col. 3.16) y realizan una colecta voluntaria para su obra congregacional (1Cor. 16.1-2).

El diseño de Dios para su iglesia fue sencillo y muy hermoso, lamentablemente en el transcurso de los siglos, el hombre lo ha trastornado; principalmente la carnalidad dio entrada, desde el principio, a pecados, apostasías, herejías, pleitos, contiendas, celos, divisiones, etc. Lo que Satanás y los grandes imperios no pudieron hacer desde afuera, lo han hecho los mismos ‘cristianos’ desde adentro.

(43) Y sobrevino temor a toda persona; y muchas maravillas y señales eran hechas por los apóstoles.

Temor. Traduce la palabra griega **fobos** que, según el contexto donde se utiliza, puede significar ‘miedo’ o ‘reverencia’. Jesús había advertido que el reino de Dios sería establecido con poder (Mar. 9.1). ¿Cómo puede nuestro servicio ser agradable a Dios en su reino?: *“Así que, recibiendo nosotros un reino inconmovible, tengamos gratitud, y mediante ella sirvamos a Dios agradándole con temor y reverencia”* (Heb. 12.28). No solo fue el hablar en otros idiomas, sino que los apóstoles de Cristo hacían ‘*muchas maravillas y señales*’. Esto demuestra que ellos fueron los que recibieron el bautismo del Espíritu Santo y con él el poder de obrar milagros (ver notas a 1.5 y 2.4).

(44) Todos los que habían creído estaban juntos, y tenían en común todas las cosas;

Es decir, los que *recibieron* la palabra, creyendo al evangelio, arrepintiéndose de sus pecados y bautizándose en el nombre de Jesucristo. La Biblia Dios Habla Hoy traduce: *“Todos los creyentes estaban muy unidos y compartían sus bienes entre sí”*. No solo estaban en una misma locación, sino verdaderamente unidos en un mismo espíritu, en un solo cuerpo y en un solo Camino (Jn. 14.6).

La vida en unidad de los primeros cristianos era tanto hermosa como sencilla: “*Y la multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma; y ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en común*” (Hech. 4.32). Esto solo lo puede producir el *perseverar en la doctrina de los apóstoles* (v. 42). Si la unidad de los hijos de Dios fuera imposible, Jesús no hubiera orado por ella: “*para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste*” (Jn. 17.21).

(45) *y vendían sus propiedades y sus bienes, y lo repartían a todos según la necesidad de cada uno.*

Este verso ilustra al anterior, y también al amor verdadero que el cristiano ejerce como *fruto del Espíritu* (Gál. 5.22; 6.10). Esta era una respuesta excepcional y voluntaria a circunstancias extraordinarias. Bajo las mismas circunstancias extremas se esperaba la misma actitud y solicitud. Este pasaje no sirve de base al comunismo, sino que está lejos de él. Aquí no es el Estado que obliga, sino un corazón renovado en Cristo, profundamente amoroso, voluntariamente generoso y misericordioso.

(46) *Y perseverando unánimes cada día en el templo, y partiendo el pan en las casas, comían juntos con alegría y sencillez de corazón,*

Sobre la palabra *perseverar*, ver notas al verso 42.

En los primeros cinco capítulos de Hechos, cinco veces se menciona la palabra *unánimes* acerca de los discípulos de Cristo. Dos veces con referencia a la oración (1.14; 4.24), una a la adoración (2.46) y dos a otras actividades espirituales (2.1; 5.12). No solo caminaban juntos, sino que lo hacían en unanimidad (v. 44).

Todos los días se reunían en las cercanías del templo para orar juntos y seguir recibiendo las enseñanzas de los apóstoles. Los judíos volverían a sus actividades cotidianas después de la fiesta de Pentecostés, y los residentes en otros países se disponían a partir, pero necesitaban llenarse lo más posible con las buenas nuevas de Cristo que iban a llevar a sus regiones de origen.

Algunas versiones modernas (como PDT, BLS y NTV), hablan aquí de “la Cena del Señor”, pero el *partimiento del pan* de este verso trata sobre la comida común en las casas de los creyentes. Las ‘casas’ es el lugar indicado para el comer y beber social: “*Pues qué, ¿no tenéis casas en que comáis y bebáis?*” (1Cor. 11.22), “*Si alguno tuviere hambre, coma en su casa*” (1Cor. 11.34). Las congregaciones de Cristo no están para organizar convivios en ningún lugar, esto lo hacen los individuos con sus recursos.

Comían juntos con alegría y sencillez de corazón. Otras versiones traducen: “*compartían la comida con cariño y alegría*” (BLS), “*compartían sus comidas con gran gozo y generosidad*” (NTV).

Pocas actividades involucran y expresan la más íntima comunión entre hermanos como el comer juntos. Los primeros cristianos estaban *juntos* para adorar a Dios, pero también estaban *juntos* para comer con alegría y sinceridad. Me los imagino como gentes nuevas, sacadas de un mundo hostil, como una familia que ha sido reunida después de mucho tiempo, que no desean y que batallan para despedirse, que ahora prefieren y buscan la compañía de los santos hijos de Dios, que anhelan conocerse más y mejor, para poder ayudarse, defenderse, calentarse, consolarse, edificarse y sostenerse unos a otros a través de su peregrinaje por la vida en Cristo. No podrás cumplir eficazmente con estos mandamientos de Dios, mientras no convivas en sencillez con tus hermanos. No concibo lugar más triste y sombrío, que una congregación donde nos veamos como personas extrañas, distantes y ajenas.

(47) alabando a Dios, y teniendo favor con todo el pueblo. Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos.

Alabar a Dios es el primer propósito de la iglesia y del creyente (Ef. 3.20-21). Una vida de alabanza a Dios es la antesala de la verdadera vida en la eternidad.

Y teniendo favor con todo el pueblo. La Nueva Traducción Viviente dice: “*disfrutando de la buena voluntad de toda la gente*”. Cuando los cristianos son fieles en la adoración a Dios, están juntos en armonía y unidad, y se aman al grado de desprenderse de lo suyo para ayudar a los necesitados, no puede existir otro resultado que el ser bien vistos por toda la gente. La prioridad de los primeros cristianos era servir a Dios con diligencia, su buen testimonio era el efecto natural. Note y siga el ejemplo de Jesús (Luc. 2.52).

Después del día de Pentecostés, *cada día* el Señor seguía añadiendo nuevos miembros al conjunto de los salvos. Es Dios mismo quien añade a su iglesia a quienes creen en Cristo y obedecen su plan de salvación (verso 41). La frase “*a la iglesia*” tal vez no sea genuina, pero es una interpolación que completa el necesario sentido.

Los que habían de ser salvos. Una mejor traducción: “*los que iban siendo salvos*”, así traducen RV77, LBLA, NVI, PDT, NTV, BTX, Peshitta y NBLH.

Continuará...